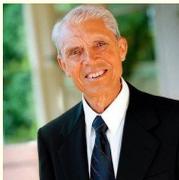


Jesús solo

“A nadie vieron sino a Jesús solo” (Mateo 17:8).

Este libro está centrado en Cristo, en la cruz y en el Evangelio. Se centra en el cumplimiento de una promesa que Dios realizó hace tres mil años. Dios prometió que un día moraría y caminaría con nosotros; que él sería nuestro Dios y que nosotros seríamos su pueblo. Esa promesa se cumplió en Jesús, que fue ‘Dios con nosotros’. Jesús vino para enseñarnos cómo es Dios. Jesús tomó nuestros pecados sobre sí, y en la cruz fue juzgado y condenado por ellos para que nosotros pudiéramos ser libres de condenación. Así es Dios. Aquí en *Jesús solo* hay joyas evangélicas que usted no encontrará en ningún otro lugar; son joyas que lo inspirarán para alabar a Dios por su gran amor y sabiduría.

El Dr. Desmond Ford ha escrito muchos libros sobre el Evangelio de Cristo. Su organización ‘Good News Unlimited’ (Buenas Nuevas sin Límites) publica un boletín, tiene en Internet presentaciones en formato de video y facilita servicios religiosos.



www.goodnewsunlimited.com



JESÚS SOLO Resumido y Parafraseado



DR DESMOND FORD

Jesús solo

Dr Desmond Ford & Ritchie Way

Resumido y parafraseado por Ritchie Way
Traducido por Luis Medina Apablaza

Jesús Solo

Desmond Ford

Dr., Universidad Estatal de Michigan

Dr., Universidad de Manchester

© Desmond Ford 2013

Todos los derechos reservados. Sin perjuicio de los derechos de autor, queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra/publicación, su almacenamiento o introducción en un sistema de recuperación de información, así como la transmisión, en cualquier forma y por cualquier medio (electrónico, mecánico, impreso, de fotocopia, de grabación o cualquier otro), sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos de autor.

Resumido y parafraseado por Ritchie Way

Traducido por Luis Medina Apablaza

Diseño de portada:

Creación de la portada: Darren Baker – Bare Graphics

Creación del interior Linda Ruth Brooks Publishing

Categoría: Religiosa/vida cristiana/inspiradora

Imagen de la portada: Rafael, La pesca milagrosa (1515).jpg {{PD-Art}}; Obra artística de dominio público - 'reproducción fiel'.

Fotografiada por M. Chohan.

ISBN-13: 978-1492743163

ISBN-10: 149274316X

Descripción

Este libro está centrado en Cristo, en la cruz y en el Evangelio. Se centra en el cumplimiento de una promesa que Dios realizó hace tres mil años. Dios prometió que un día moraría y caminaría con nosotros; que él sería nuestro Dios y que nosotros seríamos su pueblo. Esa promesa se cumplió en Jesús, que fue 'Dios con nosotros'. Jesús vino para enseñarnos cómo es Dios. Jesús tomó nuestros pecados sobre sí, y en la cruz fue juzgado y condenado por ellos para que nosotros pudiéramos ser libres de condenación. Así es Dios. Aquí en *Jesús solo* hay joyas evangélicas que usted no encontrará en ningún otro lugar; son joyas que lo inspirarán para alabar a Dios por su gran amor y sabiduría.

El Dr. Desmond Ford ha escrito muchos libros sobre el Evangelio de Cristo. Su organización 'Good News Unlimited' (Buenas Noticias sin Límites) publica un boletín, tiene en Internet presentaciones en formato de video y facilita servicios religiosos.

www.goodnewsunlimited.com

“A nadie vieron sino a Jesús solo” (Mateo 17:8).

Índice

1.- JESÚS: DIOS HECHO HOMBRE	5
2 - EL MUNDO DE JESÚS: EL LUGAR, LA GENTE Y LA ÉPOCA ..	11
3 - DESDE EL BAUTISMO DE JESÚS HASTA SU ÚLTIMA SEMANA	16
4 - LA ENTRADA TRIUNFAL DE JESÚS	30
5 - JESÚS ENSEÑA EL EVANGELIO A LOS GRIEGOS.....	34
6 - EL JUICIO DE JESÚS SOBRE LAS MALAS RELIGIONES	39
7 - LA PROFECÍA DE JESÚS SOBRE LOS ÚLTIMOS DÍAS	43
8 - JESÚS LAVA LOS PIES DE SUS DISCÍPULOS	50
9 - JESÚS ESTABLECE LA CENA DEL SEÑOR.....	51
10 - JESÚS DICE: "NO OS PREOCUPÉIS"	54
11 - JESÚS: LA ÚNICA FUENTE DE FRUTO.....	57
12 - EL MENSAJE DE DESPEDIDA DE JESÚS	60
13 - LA PLEGARIA FINAL DE JESÚS	63
14 - JESÚS EN GETSEMANÍ.....	65
15 - JESÚS ENJUICIADO	76
16 - JESÚS FRENTE A CAIFÁS	79
17 - JESÚS FRENTE A PILATO	83
18 - JESÚS O BARRABÁS	86
19 - JESÚS EN LA CRUZ	90
20 - LOS SIETE DICHOS DE JESÚS DESDE LA CRUZ.....	94
21 - LOS ROSTROS EN TORNO A LA CRUZ.....	101
22 - LAS LECCIONES QUE DEJA LA CRUZ.....	105
23 - JESÚS REPOSA EN EL SEPULCRO	112
24 - LA TUMBA VACÍA DE JESÚS	114
25 - JESÚS EN GALILEA.....	117

1.- JESÚS: DIOS HECHO HOMBRE

¿Quién fue Jesús? ¿Fue un hombre bueno, un hombre malo o Dios hecho hombre?

¿Será posible que millones de personas busquen la llave escondida del enigma de la vida cuando está justamente frente a ellas? Si somos inteligentes, examinaremos lo que dijo la persona más influyente de la historia antes de considerar lo dicho por cualquier otra persona. Hoy en día, un tercio de la población mundial reconoce a quien dividió la historia en dos: a. C. y d. C.

Jaroslav Pelikan escribió: “A pesar de lo que alguien pueda pensar o creer acerca de él, Jesús de Nazaret ha sido la figura más influyente en la historia de la cultura occidental durante casi veinte siglos”. El gran matemático, físico, inventor y escritor francés, Blaise Pascal, escribió en *Pensées*: “Fuera de Jesucristo, no sabemos qué es nuestra vida ni nuestra muerte ni Dios ni nosotros mismos” (sección 547). El alguna vez hostil ateo, Giovanni Papini, que murió en 1956, concordó con Pascal usando estas palabras: “Si hemos de entender el mundo, nuestra vida, a nosotros mismos, debemos recurrir a Cristo... Nunca hubo una época más alejada de Cristo que la nuestra ni tampoco una que lo necesitara más”.

No cometamos ni por un momento el error de colocar a Jesús en la misma categoría de los demás líderes religiosos. Son tan distintos como el día y la noche. Escudriñe el Corán y no encontrará el nombre de Mahoma. Escudriñe las antiguas escrituras budistas y el nombre Buda no aparecerá. Pero lea el Nuevo Testamento y encontrará el nombre de Cristo en casi todas las páginas, y con frecuencia más de una vez. El gran erudito, W. Griffith Thomas, escribió: “El cristianismo es la única religión en el mundo que descansa en la persona que la fundó”.

Considere esto: Cristo es la única persona que ha aseverado ser Dios y, sin embargo, sus mejores contemporáneos lo consideraron cuerdo. Su influencia fue más grande que la de todos los demás. Sócrates enseñó durante cuarenta años, Platón durante cincuenta y Aristóteles durante cuarenta, pero el impacto de todos ellos juntos es pequeño comparado con la influencia de los tres años y medio que enseñó Cristo. Ningún otro maestro dejó fuera de sus enseñanzas las cosas triviales, temporales o falsas, y ningún otro maestro seleccionó solamente las cosas eternas y universales.

¿Qué otro maestro se atrevió a predecir que sus enseñanzas durarían por siempre? Jesús declaró: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35), y todos los días traen una prueba fresca de su veracidad. Generación tras generación, todos encuentran en la enseñanza de Jesús lo que es nuevo, fresco e inspirador. Al mirar a través de los siglos, nos damos cuenta de que sus palabras se han convertido en leyes, en doctrinas de iglesias, en proverbios y en palabras de consuelo y apoyo, pero nunca han pasado. ¿Qué maestro humano se ha atrevido a proclamar que sus palabras durarían por toda la eternidad?

Cristo hizo muchas otras afirmaciones que demostraban su plena conciencia del impacto que tendría en el mundo. Ningún otro maestro ha hecho eso. Considere lo siguiente: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12). Seguramente esta debe ser la más presuntuosa de todas las afirmaciones presuntuosas. Esta afirmación probaría ser verdadera después de veinte siglos, y habría sido imposible si Cristo fuera solamente un hombre común. De este galileo han salido interminables corrientes de bondad para beneficio de la humanidad. Nadie más ha sido tan beneficioso universalmente.

Retire de las galerías de arte, de la música, de la literatura, de la historia, de las obras de caridad, benevolencia y compasión, todo lo generado por Cristo o relacionado con él y verá los grandes vacíos que quedarían.

Jesús dijo: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:32). Esta aseveración muestra que la vida interna y el factor unificador del cristianismo sería una persona —no una filosofía—, y esa persona es el carpintero de Nazaret. Usualmente en las instituciones y en la religión, encontramos en el centro un conjunto de dogmas, no una persona. ¡Qué diferente es el cristianismo! El corazón del cristianismo no es un credo, sino una persona: Jesucristo.

El recuerdo de los grandes personajes del mundo nos hace sentir respeto y reverencia, pero no un amor apasionado. Considere el impacto de Moisés, David, Sócrates, Platón y los cientos de nombres más importantes de los últimos dos milenios. Ninguno se compara con el magnetismo de Jesucristo.

Piense además que Cristo garantizó que tendría una iglesia que permanecería a pesar de la presencia de “peces malos” y “cizaña”. (Consulte Mateo 16:18; 13:37-40 y 47-50). Y añada a ello la confianza que tenía en su misión de predicar el evangelio a todo el mundo, lo cual daría energías a hombres y mujeres hasta el fin del mundo. (Consulte Mateo 28:19, 20 y Hechos 1:8). Volvamos a recalcar que en toda la literatura y la historia no existe semejanza con tan acertadas predicciones a largo plazo.

Ahora piense en las aseveraciones de este hombre de Nazaret, que no tenía un centavo y que de acuerdo a los criterios humanos no tenía ninguna autoridad. Este hombre aseveró:

1. Que “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18).

2. Que él tenía control completo sobre la naturaleza (Marcos 4:39, 41).
3. Que los ángeles del cielo le pertenecían (Mateo 16:27).
4. Que la gente debe amarlo más que a sus propias familias y que su propia vida (Mateo 10:37, 38; Lucas 14:26).
5. Que él era el Salvador de toda la humanidad (Lucas 19:10).
6. Que él podía perdonar los pecados (Mateo 9:2).
7. Que él sería el Juez definitivo de cada uno de nosotros (Mateo 25: 31-46).
8. Que él existió antes que Abraham y que gozó la gloria con Dios antes que el mundo existiera (Juan 8:58; 17:5).

Las aseveraciones de Cristo sobrevivieron incluso la prueba de su aparente fracaso. En la cruz siguió comportándose como el Rey de la eternidad, prometiendo el paraíso al penitente e intercediendo serenamente por sus enemigos.

Se puede decir que la explicación más natural para comprender a Cristo es que era sobrenatural, ya que si era bueno entonces debió haber sido Dios, tal como aseveró serlo, pues un hombre bueno no miente acerca de sí mismo. (Consulte Juan 14:8-9).

Al describir su misión terrenal, Jesús dijo: El Señor “me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos” (Lucas 4:18). Ese era su trabajo. Él hacía el bien y sanaba a todos los oprimidos por Satanás. Había aldeas completas en cuyas casas no se escuchaba un solo quejido de enfermedad porque él había estado con ellos y había sanado a todos los enfermos. El amor, la misericordia y la compasión se revelaron en cada acto de su vida. Los más pobres y humildes no temían acercarse a él. Hasta los niños pequeños se sentían atraídos por él. Les encantaba aferrarse a sus rodillas y contemplar su rostro. Jesús

nunca fue descortés, nunca pronunció una palabra severa sin necesidad y nunca causó dolor innecesario a un alma sensible. Nunca condenó a los débiles. Jesús habló con verdad, pero siempre con amor. Denunció la hipocresía, la incredulidad y la iniquidad; pero con lágrimas en su voz. Su vida fue de negación de sí mismo y de total preocupación por los demás. Cada alma era valiosa ante sus ojos (*El camino a Cristo*, pg. 11 y 12).

Cristo es la única persona cuya vida fue prefigurada a través de la vida de otras personas en la Biblia.

1. Se le llama el segundo Adán (Romanos 5:14; 1 Corintios 15:45) porque al igual que el primero, cuyo costado fue abierto para dar vida a su esposa, el costado de Jesús fue abierto en la Cruz para que su esposa, la Iglesia, tuviera vida eterna.
2. Jacob soñó con una escalera que subía desde la tierra hasta el cielo (Génesis 28:12). Jesús dijo que él era la escalera que reconectaba al hombre con Dios (Juan 1:51).
3. Los envidiosos hermanos de José lo vendieron como esclavo, pero Dios aprovechó esa traición para salvar a la familia de José (Génesis 45:5). De la misma forma, Cristo fue vendido a sus enemigos y traicionado por envidia, pero Dios usó a Cristo, por este medio, para salvar al mundo. Y así como José se convirtió en señor de sus hermanos, así también Cristo se convirtió en Señor del mundo.
4. Moisés dijo que el Mesías sería alguien como él (Deuteronomio 18:18). El Moisés que liberó a Israel de Egipto fue una especie de Cristo que liberó a su Iglesia de la esclavitud del pecado y el infierno.
5. La palabra hebrea, Josué, corresponde a la palabra griega, Jesús. Así como Josué triunfó sobre los enemigos de Israel y le dio posesión del Canaán terrenal a su pueblo, así también Jesús triunfó sobre sus enemigos y nos dio posesión del Canaán celestial.
6. Sansón, que mató más gente en su muerte que en toda su vida, fue una representación de Cristo, que alcanzó

una victoria más grande a través de su muerte en la cruz que durante su vida.

7. David representa a Cristo, pues Cristo se llama David en Oseas 3:5, y estaba anunciado que Cristo se sentaría en el trono de David (Isaías 9:7).
8. Así como Salomón construyó un glorioso templo físico en paz (1 Reyes 6:7), así también Jesús construyó un templo espiritual —la Iglesia— en paz y no en medio del estruendo de batalla.
9. Jonás permaneció tres días y tres noches en el estómago de una ballena, y eso simboliza el tiempo que estuvo Cristo en la tumba (Mateo 12:40).
10. Tal como el sumo sacerdote judío entraba al Lugar Santísimo una vez al año con la sangre de la expiación, así entró Jesús al cielo, el Lugar Santísimo, con su propia sangre para expiar los pecados del mundo entero (Hebreos, capítulos 7-10).

En los primeros capítulos del Evangelio de Juan, Cristo se refirió a los símbolos de sí mismo (y a los diferentes tipos de símbolos) que se encontraban en el Antiguo Testamento. Entre ellos se encuentran la escalera de Jacob, el templo, la serpiente de bronce, el agua de la roca azotada, el maná, la columna de fuego, etc.

2 - EL MUNDO DE JESÚS: EL LUGAR, LA GENTE Y LA ÉPOCA

Palestina se encuentra en el lado suroeste de la “Creciente Fértil”, que conecta el valle del Éufrates-Tigris con el valle del Nilo. Es el istmo entre los continentes de Europa y África, y entre Asia y África.

Los límites de Israel eran el desierto, los montes de Transjordania, el valle de Jordania por el este, el “inmenso y terrible desierto” por el sur, el Mediterráneo por el oeste y las montañas del Líbano por el norte.

El territorio mide aproximadamente doscientos veinticinco kilómetros de largo, unos cuarenta kilómetros de ancho en el norte y ciento treinta kilómetros de ancho en el sur. Los pozos, los manantiales, los ríos, los mares y la lluvia lo convirtieron en un territorio fértil durante la época de Cristo. Era rico en árboles y famoso por sus frutas. La cebada y el trigo, las uvas y las granadas eran productos comunes.

El tropical valle de Jordania está a doscientos ocho metros bajo el nivel del mar en el mar de Galilea y a cuatrocientos tres metros bajo el nivel del mar Muerto, el cuerpo de agua más bajo de la Tierra. Por contraste, Jerusalén, que se encuentra a unos veinticuatro kilómetros del mar Muerto y a unos cincuenta y seis kilómetros del Mediterráneo, tiene una altitud de seiscientos ochenta y tres metros sobre el nivel del mar y algunas veces recibe nieve.

Más de tres mil especies de helechos y plantas de flor se le atribuyen a Palestina. Debido a las diferencias de altitud, clima y suelo, pueden florecer ahí las plantas de las regiones alpinas o desérticas o plantas de clima mediterráneo. Mientras la mayor parte del año las laderas pedregosas son áridas y desoladas, durante la primavera el campo florece gloriosamente. Hace mucho tiempo, los leones, los osos y los hipopótamos eran

comunes en Palestina. Hoy se pueden encontrar ciento trece tipos diferentes de mamíferos en ese lugar, trescientos cuarenta y ocho especies de aves, noventa tipos de reptiles y anfibios y más de cuarenta tipos de peces de agua dulce.

Jerusalén se encuentra en una pequeña meseta rodeada de colinas. Algunos la llamaban “la ciudad de las siete colinas”. Las Sagradas Escrituras mencionan su altura y describen a los viajeros como “subiendo” a Jerusalén. En realidad es una de las capitales más altas del mundo. Puede que esta sea la ciudad que más se ha destruido y reconstruido. Y como los escombros de una destrucción se convierten en los cimientos de la próxima, la ciudad por la que Cristo caminó está ahora unos cuatro metros y medio debajo de donde los peregrinos se pasean hoy.

Nazaret, el pueblo donde Cristo pasó gran parte de sus primeros años, es uno de los lugares más hermosos de la Tierra. Está situada en las montañas bajas al norte del Megido en un valle retirado que se asemeja a una taza, a medio camino entre el mar de Galilea y la costa mediterránea. Uno podía caminar de Nazaret al Mediterráneo en siete horas, al Tiberio en el mar de Galilea en cinco horas y a Jerusalén en tres días. Detrás del pueblo se eleva un monte de aproximadamente ciento cincuenta y dos metros de altura. Desde esta cumbre vi uno de los paisajes más hermosos del mundo: las montañas de Galilea, con el Hermón sobrepasándolas a todas en el norte; la loma del monte Carmelo, la costa de Tiro y las aguas resplandecientes del Mediterráneo al oeste; mientras que al este se abre ante la vista la zona boscosa de Tabor y la famosa llanura de Esdrelón en el sur. Sin duda Jesús, cuando niño, observó muchas veces este escenario con sus recuerdos del pasado y sus profecías del futuro.

La gente de Palestina

Pasaron cuatrocientos años entre el último libro del Antiguo Testamento y las primeras historias del Nuevo Testamento. Durante ese tiempo ocurrieron muchos cambios en Palestina. El idioma de los judíos cambió y surgieron nuevas costumbres, ideas, sectas e instituciones. En política hubo cambios enormes. Después del exilio a Babilonia, los sumos sacerdotes gobernaron el país, pero los romanos llegaron y lo cambiaron todo, y en aquel momento un usurpador — Herodes el Grande— reinaba en Jerusalén, un títere del poderoso Imperio Romano. Palestina se había dividido en partes pequeñas gobernadas por reyes insignificantes.

El sanedrín era la institución gubernamental de los judíos, pero Roma limitó drásticamente su poder. El templo era el corazón de las ceremonias religiosas, pero las sinagogas eran aún más importantes y estaban repartidas por todo el mundo en donde vivían los judíos. Tenga presente que los judíos alcanzaban el diez por ciento de ese mundo y tenían una influencia mayor de lo que eran numéricamente.

Los sacerdotes eran miles y exigían lealtad de parte de la gente común. La mayoría no sabía leer hebreo, pero los rabinos sí sabían. La palabra *rabino* significa “mi maestro”. Las figuras religiosas más importantes eran los fariseos, que eran tradicionalistas y patriotas fervientes. Muchos de ellos creían firmemente que eran los favoritos del cielo y generalmente despreciaban a la gente común, ya que no los consideraban dignos de la salvación.

Los fariseos valoraban muchas tradiciones relacionadas con creencias y prácticas que no se encontraban en la Biblia. La mayoría de los escribas eran fariseos y parecían disfrutar imponiendo a la gente responsabilidades religiosas que eran demasiado difíciles de cumplir. Sus reglas acerca de cómo guardar el día de reposo eran particularmente difíciles. Pero tenían algo a su favor: esperaban la venida del Mesías.

Al contrario de los fariseos, los saduceos negaban muchas de las tradiciones para así poder llevar vidas más cómodas. Ellos se mezclaban con no judíos, que frecuentemente abrazaban la cultura griega, pero eran escépticos respecto a la resurrección. Los saduceos eran mucho más ricos que la mayoría de los fariseos y los escribas, y menospreciaban a casi todos los que no eran de su clase social. En definitiva, en lugar de encontrar una nación devotamente apegada a los profetas de antaño, Cristo encontró una nación saturada de tradiciones y prejuicios humanos. Esta era la “montaña” que deseaba lanzar al mar.

La época

El apóstol Pablo dijo que Jesús vino al mundo “cuando vino el cumplimiento del tiempo” (Gálatas 4:4). Y Marcos, en su primer capítulo, nos dice que las palabras de Cristo para saludar al mundo fueron: “El tiempo se ha cumplido” (Marcos 1:15).

Existe evidencia de que antes del nacimiento de Cristo los maestros habían anunciado durante siglos la venida de un gran Señor que sería el comienzo de una nueva era. Los eruditos han documentado predicciones como las que se encuentran en la literatura del mundo romano antes del cristianismo. Una de las más significativas se encuentra en las palabras de Platón, que ponen el énfasis en el horrible destino que caería sobre aquel que fuese excepcionalmente bueno.

Virgilio había escrito sobre la venida de un niño especial, pero Platón, que vivió siglos antes que él, predijo la muerte del Mesías en la cruz. Después de hablar acerca de un hombre verdaderamente justo y noble que vivió sencillamente, Platón dijo que ese hombre sería acusado de ser el peor de los hombres y que “será azotado, torturado, encadenado, le quemarán los ojos, y finalmente, después de sufrir todo tipo de males,

será atravesado o crucificado”.

La era en la que el largamente esperado Mesías nació fue una época de desesperación. Todo el mundo del Mediterráneo se hundía en un precipicio oscuro de sensualidad, desesperanza y angustia indescriptibles, y parecía que no había salida. Había unos sesenta millones de esclavos en el Imperio Romano, que representaban una proporción importante de la población mundial en ese entonces. Y donde hay esclavitud la vida de los demás no se valora como debe ser y se demuestra poca compasión ante el sufrimiento. El suicidio era un lugar común; el matrimonio y la familia se estaban desintegrando; la religión era simple superstición y la filosofía, decadente. El mundo estaba listo para la venida del Mesías.

La Pax Romana (paz de guerra), la facilidad de viajar, una lengua común en el mundo (griego koiné), el énfasis en la individualidad que causó que hombres y mujeres se preocuparan más de sus destinos eternos, la generalizada dispersión de los judíos y sus Sagradas Escrituras... todo esto pavimentó el camino para la venida de Jesús y sus buenas nuevas. La profecía mesiánica de Daniel 9:24-27 dio aliento constante a aquellos que esperaban la venida del Prometido. El pasaje reveló que dentro de unos quinientos años después de que los judíos regresaran a Jerusalén desde su cautiverio en Babilonia, aparecería el ansiado Libertador.

3 - DESDE EL BAUTISMO DE JESÚS HASTA SU ÚLTIMA SEMANA

Nacimiento y bautismo de Jesús

En un establo había alguien que no tenía cabida en este mundo. Estaba desnudo e indefenso; lo amaron bastante pero también lo odiaron mucho. Y eso fue lo que ocurrió en el calvario.

Aunque el cielo envió la estrella guiadora en señal de que lo apoyaba, el rey Herodes planeó su muerte. En la cruz el cielo volvió a señalar la singularidad de Jesús por medio de un eclipse de tres horas y, sin embargo, los que lo crucificaron no se arrepintieron.

En Belén hombres sabios le llevaron mirra a Jesús, y esa misma fue la especie que se utilizó para cubrir su cuerpo después de su muerte. Así que los primeros días de la vida de Cristo son una imagen en miniatura de su muerte.

Aparte del hecho de que Jesús trabajó de carpintero, sabemos muy poco de los siguientes treinta años de su vida.

El bautismo

Al bautizarse Jesús dejó sus herramientas de trabajo y asumió el trabajo espiritual del ministerio que duraría tres años: el año de oscuridad, el año de popularidad y el año de hostilidad.

Después de su bautismo el Espíritu condujo a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo (Marcos 1:12-13). Al cabo de seis semanas de ayuno, el diablo vino hasta él con tres grandes tentaciones. El diablo no tentó a Jesús para que usara su naturaleza baja (p. ej. cometer adulterio), porque él no tenía naturaleza baja. En cambio el diablo lo tentó para que usara su naturaleza más alta (convertir piedras en pan fresco y crujiente para satisfacer su hambre). Pero Jesús, que se identificó con

nosotros, rehusó usar para su beneficio personal cualquier poder que no estuviera disponible para nosotros.

De acuerdo al apóstol Juan, durante el primer año de su ministerio Jesús pasó la mayor parte del tiempo en Judea. Fue allí donde Jesús escogió a sus primeros discípulos, purificó el templo y tuvo una reunión nocturna con Nicodemo.

El libro de Juan

El libro más profundamente espiritual que se ha escrito es el Evangelio de Juan. Mientras los tres primeros evangelios (Mateo, Marcos y Lucas) fueron escritos para los judíos, los romanos y los griegos, respectivamente, el Evangelio de Juan fue escrito para la Iglesia.

Como estructura para escribir su evangelio, Juan utilizó el santuario judío: el altar del sacrificio, la fuente para el lavado de manos y pies, la mesa del pan, el candelabro de oro con sus siete lámparas, el altar dorado del incienso, el arca sagrada que contenía los diez mandamientos, la cubierta de oro de la propiciación sobre el arca sagrada.

Juan comienza su evangelio cuando Juan el Bautista señala a Jesús y dice: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Jesús era el cordero que se ofrecería a sí mismo como sacrificio por nuestro pecado.

Luego Juan señala la fuente y dice estas palabras: “El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5).

Juan dice que, mientras señalaba la mesa del pan, Jesús dijo: “Yo soy el pan de vida” (Juan 6:35).

Después destaca las palabras de Jesús que revelan que él es el verdadero candelabro: “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12).

De la misma forma que el incienso que se quemaba en el altar de oro ascendía sobre la cortina hasta la presencia de Dios, así también las oraciones que ofrecemos en nombre de Jesús ascienden hasta la presencia de Dios. (Consulte Apocalipsis 8:3-4). Jesús dijo: “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré”. “Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:13-14).

Los capítulos 18 y 19 del Evangelio de Juan presentan a Cristo como la cubierta de oro de la propiciación sobre el arca sagrada, rociada con la sangre de su propio sacrificio.

Otra estructura presente en el Evangelio de Juan es el énfasis que pone en siete milagros antes de llegar a la cruz. Estos milagros ilustran el poder transformador de Jesús en nuestras vidas.

En estos milagros vemos cómo se transforma la tristeza en alegría, la enfermedad en salud, la parálisis en energía abundante, el hambre en satisfacción, la ansiedad en tranquilidad, la oscuridad en luz, la muerte en vida.

Estos milagros nos dan una imagen de la transformación que ocurre en la vida de cada persona que viene a Jesús.

Estos siete milagros revelan el poder de Jesús sobre toda circunstancia y condición. Él es el Dios de calidad (convirtió el agua en vino); él es el Dios de cantidad (alimentó a cinco mil hombres, más mujeres y niños, con dos panecillos y cinco pececitos); él es el Dios del tiempo (sanó a un hombre que había estado enfermo treinta y ocho años); él es el Dios del espacio (mientras estaba en Caná, sanó a un niño en Capernaúm); él es el Dios de la naturaleza (apaciguó una tormenta en Galilea); él es el Dios que está por sobre el azar (sanó a un ciego de nacimiento); y él es el Dios de la vida y la muerte (resucitó a Lázaro de entre los muertos). Estos milagros revelan que todas las cosas están bajo el control de Jesús.

Lo principal para cada uno de nosotros es que la palabra transformadora de Cristo es tan fuerte y eficiente como su propia presencia. Sin necesidad de tocar el agua en las vasijas de barro en las bodas de Caná, Cristo, con una sola palabra, la convirtió en vino. Más tarde dijo una palabra en Caná y sanó a un niño en Capernaúm. Y esa misma palabra hizo levantarse a un muerto de su sepulcro. Esa palabra aún está disponible para realizar un milagro de salvación incluso en la vida de los creyentes más débiles que claman a Cristo con fe.

James Stalker hace notar que los milagros de Jesús en el Evangelio de Juan son señales. Cuando sanó la ceguera física, fue una señal de que puede sanar una condición incluso peor: la ceguera espiritual. Cuando resucitó a los que estaban físicamente muertos, fue una señal de que puede resucitar a los que están espiritualmente muertos. Cuando limpió a un leproso, fue una señal de que puede quitar la lepra del pecado. Cuando partió el pan para alimentar a la multitud, fue una señal de que —el pan de vida que sería quebrantado por los pecados del mundo— nos alimentaría con el pan de vida. Cuando apaciguó la tormenta, fue una señal de que puede traer paz a una conciencia atribulada.

Muchos se burlan de la idea de que se realizaran milagros hace dos mil años. C.S. Lewis ha escrito sabiamente sobre este tema. Lewis señala que en los Evangelios no hay nada que se parezca a los milagros de los cuentos de hadas, donde ocurren cosas ridículas, como bestias que se convierten en hombres, árboles que hablan o barcos que se convierten en diosas. Los milagros de las Sagradas Escrituras son los que podrían esperarse si el propio Dios visitara nuestro mundo. Cada uno de esos milagros lleva consigo la firma de un Dios amoroso y racional.

Los milagros están tan ligados a la historia de Jesús que si se eliminaran, la historia misma sería destruida.

Hay una relación de causa y efecto entre los impresionantes milagros de Jesús y el efecto que tuvieron en las personas que los presenciaron. El milagro de su propia resurrección de entre los muertos convirtió a sus propios hermanos, además de alentar y dar energía a sus discípulos para llevar las buenas nuevas hasta los confines del mundo hasta entonces conocido.

En Primera de Corintios 15:46 encontramos un principio que da luces sobre el tercer capítulo del Evangelio de Juan: “Más lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual”. La naturaleza que nace primero en nosotros no es espiritual, y si hemos de recibir vida eterna, Dios debe sembrar la semilla de la vida eterna en nuestros corazones.

Si hasta Nicodemo, el principal maestro religioso de Israel y hombre de reputación intachable y pureza exterior necesitaba volver a nacer espiritualmente, ¿cuánto más nosotros?

En el tercer capítulo del Evangelio de Juan, Jesús le habla a un judío, pero en el capítulo cuatro le habla a un gentil. En el capítulo tres la persona con quien habla es un hombre de gran reputación; en el capítulo cuatro es una mujer de mala reputación. En el tercer capítulo de Juan, Jesús le dice a Nicodemo que debe volver a nacer, pero a la mujer simplemente le ofrece un regalo. Hay una muy buena razón para hacer esto: Nicodemo se creía moralmente superior, pero la mujer tenía una desesperada sensación de necesidad. Nicodemo salió a buscar a Cristo, pero a esta mujer es Cristo quien la busca. El líder judío vino a Cristo por la noche, pero la conversación de Jesús con aquella mujer tuvo lugar al mediodía.

El capítulo cuatro de Juan se conoce como manual para salvar almas porque indica los pasos que llevan de la incredulidad a la fe. Estudie el capítulo y encuentre los versículos que revelan cómo Jesús consiguió la atención

de la samaritana, su interés, su deseo, su convicción y su acción.

En el mismo capítulo se encuentra la historia de la milagrosa sanación del hijo de un noble. Después de hablar con Jesús, el padre está tan seguro de que Jesús ya había sanado a su hijo que ni siquiera se apresuró en llegar a su casa. Esta historia nos enseña cómo debemos ocuparnos de todos nuestros problemas. En primer lugar, no niegue su necesidad, sino reconozca que la tiene. En segundo lugar, lleve sus problemas a Jesús. En tercer lugar, acepte la promesa del Señor en el sentido de que él ha hecho los arreglos necesarios para satisfacer su necesidad y tiene mil maneras de resolver su problema que usted desconoce. En cuarto lugar, siga el camino que usted eligió confiando en que todo estará bien a su debido tiempo y según la forma en que Jesús lo disponga. Generalmente el cuarto paso es el más difícil de seguir.

Las personas que lean los primeros cuatro capítulos del Evangelio de Juan encontrarán lo que más se conoce del primer año ministerial de Cristo, un año de relativa oscuridad. Lo que sí sabemos es que al finalizar el primer año del ministerio de Jesús cayó sobre Judea y Jerusalén la sombra del más espantoso y horrible crimen nunca antes cometido: el rechazo de los judíos y la crucifixión de su Dios que los había visitado en persona.

El año de popularidad

Después de un año en el sur, Jesús se fue a Galilea, al norte del país. En esta región relativamente poco sofisticada, había menos prejuicio que donde la jerarquía religiosa tenía su sede. Todo ese año estuvo enseñando a sus discípulos. Aunque su trabajo era para siempre y para todo el mundo, no podía completarlo por sí solo. Por eso

eligió a los doce, para que ellos continuaran su trabajo cuando él regresara al cielo.

En las dos ocasiones en que Cristo visitó su lugar natal, tanto a principios como a fines de año, fue rechazado y amenazado de muerte. Su comentario fue que ningún profeta encuentra honor en su propio país.

Pero aparte de Nazaret, la mayor parte de ese año fue una época de regocijo, sanidad, enseñanza y adoración de parte de miles e incluso decenas de miles en algunos lugares. Aquellos que, como Cristo, viven según la voluntad de Dios, son inmortales hasta que su trabajo esté terminado.

El llamado de los primeros discípulos cuando su vocación era ser pescadores debe compararse con una historia parecida a la que cierra el Evangelio de Juan. El relato, que se encuentra en el capítulo 5 de Lucas, simboliza el trabajo de la Iglesia visible con sus peligros y fracasos. Incluso después de la bendición de Cristo, algunos peces se escapan de las redes rotas. No ocurre lo mismo en la segunda historia, que apunta a la verdadera Iglesia invisible y la completa salvación y protección de quienes están reunidos en la red del evangelio.

Con bastante frecuencia, los pescadores del evangelio de Cristo trabajan horas en la oscuridad sin pescar nada. Solamente ante una orden de Cristo cambió la situación en ambos casos. Él es lo único que necesitamos. En el suceso que marcó el principio del ministerio de los discípulos, se dice que la red fue echada en la parte profunda, pero al final de su ministerio la red es echada al lado derecho del barco. El número de peces recogidos al principio se desconoce, pero un total de ciento cincuenta y tres peces fueron capturados después de la resurrección de Cristo. Ese número está compuesto por el número doce al cuadrado más el número de la Trinidad al cuadrado. Los discípulos de Cristo, al trabajar

en conjunto con la Trinidad, recogen una cosecha para el reino, y doce es el número bíblico del reino.

El paralítico de Capernaúm (Mateo 9) y el lisiado de Betesda (Juan 5) nos recuerdan que sin Cristo no podemos caminar como debiéramos. En ambos casos los evangelistas indican que estos hombres eran responsables de sus propios problemas, pero eso no detiene al gran Sanador. Observe que en Lucas 5:20 Cristo concede por primera vez el perdón de los pecados. Solamente el gran Juez de toda la tierra puede perdonar los pecados, y ese Juez tiene compasión y misericordia incluso para el peor de los que sufren.

Después de que Cristo ordena a sus discípulos para trabajar en el ministerio, predica el sermón de ordenación (el “Sermón del monte”), que es el discurso más largo que conocemos de Jesús. Es importante hacer notar aquí que, desde el principio de su ministerio la víspera de este sermón, Cristo demanda arrepentimiento (Mateo 4:17), y luego pasa a enseñar lo que es el arrepentimiento y cuáles son sus frutos.

El sermón de Jesús es un bosquejo de lo que debe ser la vida cristiana y es lo que hace al oyente clamar: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24).

No es una coincidencia que inmediatamente después de este sermón el Señor sane a un leproso, porque ningún alma honesta puede leer este sermón sin sentirse leproso y desesperado por sanar.

Mientras los capítulos 5 a 8 de Mateo nos hablan de la maravillosa palabra del Salvador, los siguientes capítulos nos hablan de sus grandes obras. Posiblemente a mediados de ese año maravilloso, el Maestro enseña su poder sobre la naturaleza y sobre los demonios. Es importante observar que Jesús también apacigua la tormenta en los corazones de sus discípulos antes de

ocuparse de la tormenta exterior en el lago y de la tormenta interior de los poseídos por el demonio.

Los milagros asociados al cruce del mar de Galilea (Mateo 8) son históricos, pero también son parábolas de sucesos espirituales. En toda existencia las tormentas y el caos se entrometen y amenazan con destruirnos. Los fundamentos de nuestro conocimiento son los siguientes: 1) La vida es un desorden. 2) Somos vulnerables. 3) Las acciones tienen consecuencias. Por consiguiente, debemos esperar dificultades recurrentes. Generalmente luchamos contra las tormentas como si estuviéramos solos, olvidando que hay alguien que nos puede ayudar. Pero si apelamos a él, nos responderá maravillosamente. Observe el poder de la palabra de Cristo. Por ella creó el cielo y la tierra, expulsó los demonios, calmó el mar y resucitó a los muertos. Su palabra siempre tuvo poder, y si nos aferramos a ella, si confiamos en ella y la obedecemos, ese mismo poder obrará en nosotros y apaciguará todas las tormentas.

Generalmente la tormenta interior de temores, dudas y ofuscaciones es peor que el estallido exterior. Pero también aquí la respuesta es la palabra de Cristo. “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y dominio propio” (2 Timoteo 1:7). “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

Todo lo que cautiva nuestra atención nos cautiva a nosotros. ¿A qué le prestamos mayor atención: a nuestros temores o a su amor, su gracia y su poder? Consulte Filipenses 4:6-8. Lea este pasaje repetidamente. Memorícelo. Viva por este pasaje. No se preocupe por nada, ore por todo y sea agradecido por todas las cosas. Entonces es posible que incluso en un mundo caótico podamos regocijarnos siempre en el Señor (Filipenses 4:4).

Jesús llevó a sus discípulos a tres viajes apostólicos por Galilea durante ese año. Probablemente hubo muchos milagros por cada uno de los milagros que se registraron. De regreso a Jerusalén, en Judea, un hombre ciego de nacimiento aprendió rápida y alegremente quién era Cristo. Al principio este ciego se refiere a Jesús como “hombre”. Después lo llama “profeta”. Finalmente reconoce a Jesús como “Señor” y lo adora. (Consulte Juan 9).

Para el tiempo de la Pascua, Cristo se encontraba en Jerusalén y allí sanó a un hombre que estaba enfermo hacía treinta y ocho años. (Consulte Juan 5). El hombre era símbolo del antiguo pueblo de Israel, que debido a su incredulidad vagó por el desierto durante treinta y ocho años sin fuerza ni nobleza. Este hombre fue sanado el día de reposo, lo que le trajo problemas a Cristo.

Es sorprendente lo seguido que leemos sobre controversias relacionadas con el día de reposo durante este año de popularidad. Cristo no aceptaba las tradiciones que hacían que el día de reposo fuera más importante que las personas, y eso hizo que la gente común se regocijara, pero a los dirigentes los convirtió en asesinos. Cristo enseñó que “el día de reposo fue hecho para el hombre, no el hombre para el día de reposo”, y trajo reposo a quienes sanó. Él declaró ser el Señor del día de reposo y llenó ese día de frescura eterna, ofreciéndonos cincuenta y dos días de primavera cada año (cincuenta y dos edenes en miniatura).

Nuestro Señor reformó las instituciones del matrimonio y del día de reposo, y remitió a sus oyentes al Edén al comentar ambas instituciones. Él comprendía que las leyes culturales de la religión judía llegarían a su fin, pero reconocía que todos los principios e instituciones del Edén permanecerían para siempre. Él llegó a poner en riesgo su misión y su vida al realizar milagros el día de reposo (se registran siete milagros)

para demostrar que guardar de verdad el día de reposo traía bendición, no daño. Nunca defendió una institución que estuviera a punto de morir. Jesús guarda silencio en relación a cómo respetar las leyes religiosas de la cultura judía, y le dice a una mujer en Sicar que estas formas judías de adoración pronto quedarían obsoletas (Juan 4:21). Sin embargo, los principios estipulados en los diez mandamientos permanecerían para siempre (Mateo 24:20 y Lucas 23:56).

El año de hostilidad

Ahora la marcha se acrecienta, y la hostilidad aumenta a medida que aumenta la frustración de los líderes ante la popularidad de Cristo. Al principio parecía que toda Galilea se convertiría a Cristo, pero el alma de los galileos demostró ser terreno pedregoso, y la popularidad desapareció gradualmente para convertirse en suspicacia y antagonismo. Cristo se convirtió en fugitivo y viajó a los lugares más remotos y extraños. Ahora ya no lo acompañan miles de entusiastas, sino solamente un puñado.

Sin embargo, sus señales milagrosas se volvieron incluso más maravillosas, como cuando alimentó a cinco mil personas. Esa fue la parábola de la expansión del evangelio. Cristo recibió el alimento de parte de Dios y se lo dio a sus discípulos, y ellos se lo dieron a las multitudes quienes a su vez lo compartieron.

Observe cómo Cristo prueba a sus discípulos en esta ocasión. Primero desafió a Felipe con el problema de alimentar a miles de personas sin disponer de comida, y Felipe confesó que no sabía cómo podrían alimentar a tanta gente. Andrés observó los recursos humanos consistentes en unos pocos panes y peces y repitió la impotencia de Felipe. Pero un muchacho que había traído su almuerzo se lo dio a Jesús y eso lo resolvió todo.

Qué significativo es el hecho de que cuando Cristo tenía menos recursos (cinco panecillos y dos sardinas), fue cuando alimentó más gente y le sobró más comida (doce cestas). Cuando había cuatro mil hombres, tenía inicialmente siete panes y algunas sardinas, pero alimentó a menos personas, y después de que comieron solo sobraron siete canastas llenas. ¿Qué habría podido hacer con una simple migaja? La lección se explica detalladamente en 1 Corintios 1:26-31. Dios escoge lo débil, lo vil y lo necio para hacer lo imposible. Existe esperanza para cada uno de nosotros.

El retiro

Jesús se aleja de la multitud para preparar su mente y su corazón para enfrentar la Cruz y ya no se ve rodeado por la muchedumbre. Pero un mensajero llegó a él dos meses antes de su crucifixión y le dijo: “Señor, he aquí el que amas está enfermo” (Juan 11:3). Los creyentes se enferman y conocen el dolor. Así les ocurrió a Job, Hezequías y al ladrón penitente. Y en esos momentos, incluso más importante que nuestro amor por Jesús es el amor que él siente por nosotros.

Sorprendentemente, Jesús esperó dos días más antes de ir a atender a su amigo enfermo. ¡Qué consuelo les ha traído esto desde entonces a los millones de fieles que sufren! Es mucho mejor ser levantado del sepulcro que ser levantado del lecho de enfermo. Eso es lo que Lázaro y sus hermanas llegaron a creer. Ellos salieron fortalecidos para enfrentar los problemas futuros porque Cristo se tardó en ayudarlos en esta ocasión.

La última semana

Pasemos ahora a la semana más importante de la historia, la que culmina con la muerte y resurrección de Jesús. El mensaje principal de esta semana es que un Dios doliente está en el corazón del cristianismo. Solamente

los cristianos adoramos a un Dios a quien nosotros mismos hicimos daño.

La semana comienza en realidad el sábado por la noche durante una fiesta en casa de Simón para celebrar la resurrección de Lázaro. Los días judíos comenzaban por la noche, y en esta ocasión fue la noche para el judaísmo, porque después de este capítulo Juan no registra más ministerio de Cristo hacia los judíos incrédulos, a excepción de palabras juiciosas. Todas sus palabras de aliento son para aquellos que lo seguían. Ya sea que conteste preguntas, cuente historias o atraiga la atención con una acción dramática, su tema siempre es el mismo: ¡El día del Juicio Final se acerca!

Hay dos fiestas durante esta última semana: una es en casa de Simón donde la prostituta arrepentida, María, unge a su Señor en presencia de su hermano Lázaro y los doce discípulos; la otra es la celebración de la Pascua la víspera del día en que Jesús fue traicionado.

¡Qué maravillosamente apropiado es el suceso con que comienza esta última semana! Una pecadora rompe un costoso frasco de alabastro con perfume muy caro y unge a su Salvador. Ese frasco roto simboliza el cuerpo de Jesús que sería quebrantado en la cruz, el extravagante regalo de Dios para los hombres. Al igual que el perfume del regalo de María llenó toda la casa (no solo el cuarto), el perfume del amor de Dios salió de la cruz para llenar el mundo entero.

Este capítulo, colmado de honores a Cristo, le hace contrapeso al cierre del capítulo precedente donde los líderes judíos convocan al sanedrín y condenan a Cristo como un traidor que merece la muerte. Pero ahora Juan cuenta en el capítulo 12 que Cristo se siente honrado por el obsequio de María, por la alabanza de la gente común cuando entró a Jerusalén montado en un asno, por los griegos que querían conocerlo, por la voz de Dios desde

el cielo y por las conciencias de algunos de los principales gobernantes.

El acto desinteresado de María nos recuerda que servir a Jesús de corazón puede originar el rechazo de otros religiosos que piensan que debemos actuar de manera diferente. En esta ocasión María escuchó a Judas decir: “¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?”. No porque a Judas le importaran los pobres, sino porque era ladrón. Pero Jesús, aunque amaba a Judas, defendió a María y dijo que lo que ella había hecho por él era parte del plan de Dios que ellos aún no comprendían (Juan 12:7).

4 - LA ENTRADA TRIUNFAL DE JESÚS

“El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (Juan 12:12-13).

Lo que Jesús hizo en esta ocasión fue bastante diferente de su forma usual de actuar. Evidentemente ahora su intención era llamar la atención de las multitudes para que escucharan lo que trataba de decirles, ya que se acercaba la hora de su ejecución. Sin embargo, contrariamente a lo que esperaba la gente, no viene en caballo de batalla para expulsar a los ocupantes romanos de Israel, sino como Príncipe de paz montado sobre un asno. El día llegó a su momento culminante cuando Cristo purificó el templo—no de pecadores gentiles, sino de pecadores judíos—, y los principales sacerdotes y gobernantes estallaron de ira. Mateo cuenta que “se indignaron” (Mateo 21:15).

Mil años antes, cuando el rey David se acercaba a Jerusalén entre vítores y cantos, la prometida por quien David estuvo dispuesto a entregar su reino miró desde su ventana y vio a su esposo desvestido hasta la cintura, orando y danzando delante del Señor. Mical lo menospreció en su corazón y esa noche lo recibió con un sarcástico reproche: “¡Cuán honrado ha quedado hoy el rey de Israel, descubriéndose hoy delante de las criadas de sus siervos, como se descubre sin decoro un cualquiera! Entonces David respondió a Mical: Fue delante de Jehová, quien me eligió en preferencia a tu padre y a toda tu casa, para constituirme por príncipe sobre el pueblo de Jehová, sobre Israel. Por tanto, danzaré delante de Jehová. Y aun me haré más vil que esta vez, y seré bajo a tus ojos; pero seré honrado delante de las criadas de quienes has hablado. Y Mical hija de

Saúl nunca tuvo hijos hasta el día de su muerte” (2 Samuel 6:20-23).

¿Por qué citamos esta antigua historia? Porque inmediatamente después de que los indignados gobernantes judíos le reprocharon a Jesús sus acciones, él maldijo una higuera —símbolo de Israel— y dijo: “Nunca jamás nazca de ti fruto” (Mateo 21:15-19). Y durante dos mil años la novia prometida de Cristo, Israel, ha sido espiritualmente estéril. Todo esto estaba anunciado desde los días de David y Mical.

¡Qué solemne consejo el de estos antiguos registros! Es un principio bueno y sabio ser moderado en todo, en todo menos en dar a nuestro Dios el lugar que le corresponde. Uno no debe ser moderado al escapar de una casa en llamas ni moderado al buscar un salvavidas si el barco se hunde. Nuestras vidas individuales cuelgan de un hilo de gracia y corremos el riesgo de cortar ese hilo si nos entusiasmamos por las cosas de este mundo en lugar de entusiasmarnos por su Creador y Redentor. ¡Dios prohíbe que se nos oculten las cosas que nos dan sosiego!

Lucas da cuenta de las lágrimas que Jesús derramó al ver la Ciudad Sagrada, la misma que planeó asesinarlo lo antes posible. Mientras se acercaba a Jerusalén Jesús lloró y dijo: “¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación” (Lucas 19:41-44).

Cuarenta años después de que Jesús hiciera este anuncio los ejércitos romanos destruyeron la ciudad de Jerusalén y también su templo. Cientos de miles de judíos perecieron en el asedio y los demás fueron

vendidos como esclavos. Los judíos fueron los primeros en recibir la predicación del evangelio y ellos fueron por lo tanto los primeros en ser juzgados por Dios. De esta manera ellos representan una advertencia para todas las naciones no judías donde se ha predicado el evangelio, ya que Dios pronto los juzgará también a ellos.

De esta manera Jesús reveló el corazón de Dios y la esencia de su evangelio, que consiste en amar a los perdidos. Podemos confiar en un Salvador que llora; sus lágrimas deben disipar nuestros temores. Poco después su lacerado cuerpo, que llevaba el peso de nuestros pecados, estaba clavado en una cruz. Este es el único Dios sollozante que el hombre conoce, la única Deidad lacerada, el único Dios que se ofrece a sí mismo como sacrificio para salvar a su pueblo.

Después de entrar a la ciudad Cristo se dirigió al corazón de la misma: el templo, donde actuó en juicio tanto al principio como al final de su ministerio. “Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (Mateo 21:12-13).

Una buena religión es lo mejor que le puede pasar al mundo, así como una mala religión es lo peor que le puede suceder. Pero las malas religiones son más comunes, y la acción de Cristo de purificar el templo da cuenta de la constante necesidad de reformar la Iglesia.

Nadie puede llegar a ser un buen cristiano con solo asistir a la iglesia, de la misma manera que nadie puede convertirse en vehículo con solo dormir en un garaje. Un cristiano de verdad tiene a Dios en su vida. Cada vez que algo, además de Jesús, ocupa el centro de la vida de una persona o de una iglesia, la religión se malea y debe reformarse.

El conocido conflicto entre Cristo y Caifás vuelve a representarse permanentemente. Imagine esa escena en que el alto, regio y anciano Caifás pudo decir: “Más nos conviene que un solo hombre muera por el pueblo a que perezca toda la nación”. Así era el judaísmo con sus cientos de años de historia sagrada, divinamente elegido para preparar al mundo para la venida del Mesías, pero dispuesto a crucificar al Dios que adoraba. Todos los hombres y mujeres honestos de ese día tuvieron que elegir entre Cristo y Caifás: entre una organización llena de grandeza, su historia y sus tradiciones, y aquel humilde que era el Camino, la Verdad y la Vida.

Todas las iglesias deben valorar sus tradiciones, sus costumbres y sus prácticas según las palabras del Hijo de Dios. La prueba siempre será Jesús, su persona y su verdad.

Usted debe haber notado que con la entrada de Cristo a Jerusalén todo el estilo de su ministerio se modificó. Sus actos y sus palabras ahora suenan a juicio. Después de purificar el templo, sus parábolas y sus consejos para la apóstata Israel se volvieron más enérgicas y apremiantes.

5 - JESÚS ENSEÑA EL EVANGELIO A LOS GRIEGOS

Los gobernantes judíos —desesperados por sacarse de encima a Jesús usando el conflicto que el pueblo judío mantenía con Roma— se le acercaron con una pregunta: ¿Debían o no pagar impuestos a Roma? Y Jesús les dijo: “Mostradme la moneda. ¿De quién tiene la imagen y la inscripción? Y respondiendo dijeron: De César. Entonces les dijo: Pues dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Lucas 20:20-26).

Nunca debemos separar lo que Cristo ha unido. No hemos de pisotear las cosas de Dios para complacer al Estado; ni debemos dejar de cumplir nuestras obligaciones con el Estado por ser cristianos.

Después de discutir todo el día con sus adversarios judíos, fue Cristo quien empezó a interrogarlos. Y les preguntó: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?” (Mateo 22:42). Esta era la única pregunta que, si se contestaba correctamente, podía responder todas las demás. Y ellos replicaron: “De David”.

Entonces Cristo les hizo una segunda pregunta: “Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?”. El Hijo preexistente de Dios es el hijo de David y, sin embargo, es su Señor. “Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más”. Era infructuoso seguir riñendo con alguien que siempre ganaba las discusiones.

Algún día se invertirá la primera pregunta de Cristo: “¿Qué piensa Cristo de mí?”

El evangelio para los griegos

Al comenzar la vida terrenal de Jesús, unos sabios llegaron del este para verlo. Ahora, casi al finalizar su vida, unos sabios llegaron del oeste con el mismo propósito. Y Cristo les dijo en pocas palabras todo lo que debían saber. “Ha llegado la hora para que el Hijo del

Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (Juan 12:23-26).

Nuestra muerte es el camino hacia la vida. Y esto lo enseña cada una de las billones de semillas de nuestro mundo. No hay cosecha si la semilla no muere. De esta manera respondió Jesús la pregunta preferida entre los griegos desde hacía siglos: “¿Cómo, pues, viviremos?”.

Al igual que los griegos, nosotros buscamos una coronación, pero primero debemos hacer una crucifixión. Dios no nos pide que crucifiquemos nada que vaya en nuestro beneficio, pero muchas de las cosas que amamos terminan haciéndonos daño.

Solamente el principio de la cruz de Jesús puede guiar correctamente nuestro corazón, nuestra mente y nuestra voluntad. Cuando, al igual que Jesús, consentimos en crucificarnos a nosotros mismos y nos sacrificamos por los demás, comenzamos a vivir de verdad. No hay otro camino. Este es el mensaje que los cristianos predicarán con el poder de Pentecostés en los últimos días de la historia terrenal.

En ese momento Cristo parece respirar profundamente y luego señala su muerte próxima. Él padece un pequeño Getsemaní (Juan 12:27-30), pero la voz de Dios lo libera. Entonces Cristo declara: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:31-32).

¡Qué maravilla! En lugar de ser el mundo malvado el que va camino a la cruz para que lo castiguen, será el inocente Hijo de Dios el que estará allí. El mundo merece que lo enjuicien por su rebelión contra lo que es correcto,

justo y misericordioso, pero Cristo tomará el pecado de todos aquellos que pusieron su fe en él y morirá en su lugar.

¿Cómo es que Cristo puede hablar del día del Juicio y del calvario al mismo tiempo? Eso se debe a que iba a ser juzgado y condenado en la cruz por nuestros pecados. Esto quiere decir que todos los que ponen su fe en el sacrificio que hizo por ellos no serán juzgados, ya que Jesús ya fue juzgado en su nombre. Y Dios no necesita que le paguen dos veces por lo mismo.

Hay dos venidas de Jesús. En la primera, “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Timoteo 1:15) y “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28).

Así como hay dos venidas, también hay dos juicios. En su primera venida Jesús fue juzgado y condenado por todos los que ponen su confianza en él. En su segunda venida todos los que rechazaron el sacrificio expiatorio que realizó por ellos serán juzgados y condenados por sus propios pecados.

Así como Jesús fue excluido de la presencia de Dios y de la vida mientras estaba en la cruz (Mateo 27:46), así también los pecadores impenitentes serán excluidos de Dios y de la vida en la segunda venida de Jesús (2 Tesalonicenses 1:7-9). Pero estos pecadores nunca resucitarán a la vida eterna porque su pecado está en ellos. Cuando Jesús murió por nosotros, nuestro pecado estaba sobre él, pero no en él. Y como el pecado no manchó su personalidad, Dios pudo resucitarlo de entre los muertos.

Para estar preparados para su segunda venida, nunca debemos olvidar que las dos venidas de Jesús están relacionadas. Sería completamente abrumador pensar que Cristo vino a nuestro mundo como nuestro Juez sin reconocer también que vino como nuestro Salvador.

Pensar en el gran Día del Juicio sin pensar primero en el calvario es completamente fatal.

En Juan 12:31-33, mientras Jesús anunciaba su muerte en el calvario, puso dos transparencias juntas, una sobre otra. Y dijo: “Ahora es el juicio de este mundo (calvario)”. En el calvario donde Cristo sería levantado entre el cielo y la tierra, él iba a ser el Juez de la humanidad para separar a todos en dos grupos —los salvos y los perdidos— tal como separó a los dos delincuentes que fueron crucificados con él.

El Evangelio de Juan enseña que nuestra hora — cuando las buenas nuevas del sacrificio que Jesús hizo por nosotros se estén predicando en todo el mundo— es el Día del Juicio para todos los que la escuchan. Los que escuchan y aceptan que Cristo murió en su nombre son juzgados y absueltos en esa hora. Los que escuchan y niegan que Cristo murió en su nombre son juzgados y condenados en esa hora.

La Biblia dice: “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído (...)” (Juan 3:18).

Este juicio comenzó en la cruz y finalizará cuando Jesús vuelva a venir. Nuestro nombre surge en el juicio si escuchamos las buenas nuevas de que Jesús murió en lugar de nosotros para pagar todo el castigo por nuestros pecados. La Biblia dice: Cristo “murió por los impíos” y “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:6, 8).

Nuestra reacción frente a la muerte de Jesús determinará nuestro destino. Si aceptamos que se sacrificó por nosotros, obtendremos la inmortalidad cuando Jesús regrese. Si negamos que se sacrificó por nosotros, se nos negará la vida eterna. El Juicio que tendrá lugar cuando Jesús regrese no decidirá nuestro destino; somos nosotros quienes decidimos nuestro destino al enfrentarnos a la cruz. El resultado del Juicio

que tendrá lugar cuando Jesús venga dependerá de si decidimos aceptar o negar a Jesús como nuestro Señor y Salvador; de esa elección depende nuestro destino.

6 - EL JUICIO DE JESÚS SOBRE LAS MALAS RELIGIONES

Llegamos ahora al último mensaje que Jesús predicó en público. Después solamente lo vemos enseñando a sus discípulos, y nada más que en privado.

En Mateo 5 Jesús comenzó su ministerio con ocho bendiciones. Aquí, en Mateo 23 finaliza su ministerio público con ocho acusaciones.

Todo este sermón de Jesús se refiere a las cosas que son comunes en las malas religión. Nunca lo olvide: la mayoría de las religiones son malas. A menos que mi religión me haga semejante a Cristo, misericordioso y tierno, paciente y veraz, no es la religión de la Biblia. Si usted desea saber si la religión que aprecia es del cielo o del infierno, el capítulo 23 de Mateo se lo dirá.

Algunos consideramos que Mateo 23 es un capítulo muy alentador, ya que desde el principio deja en claro que solamente las falsas religiones son opresivas. Jesús dijo de los líderes religiosos de su época: “Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas” (v. 4). Esta es la forma que tiene Cristo de decir: “Si nuestra religión es auténtica y verdadera, no será agobiante ni difícil de sobrellevar”.

Toda religión que consiste principalmente en reglas y regulaciones es una religión farisea. La religión verdadera nos da alas, no cargas. Es como las plumas para los pájaros y las velas para los barcos. El corazón de la verdadera religión habla del perdón de los pecados, del amor y de la misericordia, y de la sabiduría y del poder de nuestro Padre celestial para salvarnos y ayudarnos. La verdadera religión habla de la fe, la esperanza y el amor (1 Corintios 13:13).

Cristo enumera, una tras otra, las características negativas de la religión del demonio. En primer lugar

está el orgullo religioso que hace que los líderes tomen para sí mismos la gloria que solo le pertenece a Dios (vv. 1-12). Este orgullo los lleva a dictar reglas y a enseñar doctrinas que no se encuentran en la Biblia. Llegará el día en que todo esto será arrancado de raíz (Mateo 15:13). En segundo lugar, en vez de abrirle la puerta a Dios y a la vida eterna, la cierran, dejando a la gente fuera del cielo. En tercer lugar, estos líderes viajan por tierra y por mar para convertir a una sola persona, y cuando esa persona los sigue, lo hacen dos veces más hijo del infierno que ellos mismos (v. 15).

Existen muchos grupos culturales ansiosos de ganar personas para su culto o su secta; no obstante el deber de los cristianos es ganar personas para Cristo. No existe la salvación por credo religioso, sino solamente por la fe en Jesús. El deber de la Iglesia no consiste en ganar conversos para sus ideas, sino para Cristo.

La cuarta advertencia de Cristo va contra el enorme abuso que se hacía de los juramentos y votos en aquella época. Los fariseos enseñaban a la gente que, bajo ciertas circunstancias, era correcto realizar juramentos evasivos y, por lo tanto, mentir. Jesús destaca la seriedad y la gravedad de realizar un juramento, e insistió en que digamos la verdad en todo momento (vv. 16-22).

La quinta advertencia se dirige a los que hacen mucho de poco y poco de mucho. Jesús retrata a los maestros religiosos como guías ciegos que cuelean un mosquito pero se tragan un camello. Ellos le dan a Dios el diezmo de las especias de sus jardines, como la menta, el eneldo y el comino y, sin embargo, descuidan lo que es mucho más importante, como la justicia, la misericordia y la fe (vv. 23-24).

El indicio seguro de una religión falsa es la exageración de los pequeños temas y el descuido de los temas centrales de la enseñanza de Cristo, como la fe, la esperanza y el amor.

La sexta advertencia de Jesús va contra las religiones que se concentran más en las apariencias externas que en el corazón de sus miembros. Las religiones falsas presentan una buena imagen pública, pero por dentro están llenas “de robo y de injusticia”. Jesús dijo que los vasos y los platos están verdaderamente limpios solo cuando están limpios por dentro, no solo cuando están limpios por fuera (vv. 25-26).

La séptima advertencia la dirigió contra las religiones encaladas que contaminaban a los que entraban en contacto con ellas. Dijo que los líderes moralmente corruptos eran como sepulcros encalados. Por fuera eran hermosos, pero por dentro estaban llenos de huesos de muertos y de putrefacción. “Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad”. Jesús los alentó para que se renovaran moralmente (vv. 27-28).

Jesús dirigió su última advertencia a los que edificaban monumentos a los profetas y proclamaban que ellos mismos jamás habrían actuado como sus antepasados que mataron a esos profetas que Dios había enviado.

Sus antepasados asesinaron a los profetas después de que los profetas atacaron sus prácticas tradicionales porque se habían corrompido, de la misma forma como Jesús atacó las prácticas corruptas de los fariseos y maestros religiosos. Estos hipócritas, que proclamaban que jamás habrían asesinado a los profetas, fueron los responsables de la ejecución de Jesús (vv. 29-35).

En el versículo 36 Jesús dijo que el juicio caería sobre la nación judía de esa época a causa de todas estas cosas. Ese juicio se produjo cuando los ejércitos romanos invadieron el territorio, conquistaron todas sus ciudades y asesinaron o esclavizaron a todo su pueblo en el año 70 d. C.

En conclusión, Jesús dijo con gran pesar: “¡Jerusalén,

Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor” (vv. 37-39).

No es solamente un hombre el que habla aquí. Muchas veces Cristo quiso proteger Jerusalén de los problemas, tal como lo hace una gallina con sus polluelos debajo de las alas. Él es un Dios tierno, gentil y humilde. Seguramente jamás se ha dicho una palabra más dulce de piedad divina por una religión tan corrupta. Podemos implorar ante los juicios del Salvador, pero no podemos detener su amor. Siempre existe amor para nosotros en un solo corazón: el suyo. Él siempre está allí para ayudarnos si lo buscamos.

Nuestra imagen de Dios suele ser errada. Qué hermosa imagen nos da Jesús al final de Mateo 23. He aquí a mamá gallina. Cuando se da cuenta del peligro, cacarea suavemente y todos los polluelos corren hacia ella. Ellos se acurrucan bajo su pechuga para abrigarse y ponerse cómodos entre sus plumas. Ese halcón feroz que vuela en círculos en el cielo no puede tocarlos, ya que están envueltos en las alas de su madre. Allí están perfectamente seguros, perfectamente cómodos y perfectamente felices. Nosotros tenemos el privilegio de estar como ellos, y podemos estar así si tenemos la imagen verdadera de Dios.

7 - LA PROFECÍA DE JESÚS SOBRE LOS ÚLTIMOS DÍAS

El mensaje profético de Jesús que se encuentra en Mateo 24 y 25, Lucas 21 y Marcos 13 se conoce como el “Sermón de los olivos” porque lo pronunció en el monte de los Olivos que da a la ciudad de Jerusalén. En este mensaje le habla a sus pupilos sobre el fin del mundo y sobre lo que deben hacer en ese momento. Jesús dijo el mensaje de esta forma porque se aplicaba no solo a la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C., sino también a los sucesos que ocurrirían al final del tiempo. En otras palabras, esta profecía tiene dos aplicaciones.

El “Sermón de los olivos” se centra en Cristo porque el fin vendrá solamente después de que la buena nueva sobre la muerte sustitutiva de Cristo haya sido predicada en todo el mundo (Mateo 24:14). El que murió por nosotros es el Rey de reyes y el Señor de señores que pronto ha de regresar en gloria. ¡Qué gran significado le da esto a los últimos capítulos!

No hay horóscopo para la humanidad en este sermón ni colorida descripción de la dicha del salvo ni del terror del perdido. Pero lo que está presente de principio a fin es el mensaje de advertencia, la exhortación para actuar correctamente, en lugar de simplemente conocer o profesar lo correcto.

Sin embargo, hay un patrón en los sucesos venideros: agitación y persecución religiosa; creciente confusión a escala nacional e internacional, acompañada de señales terrenales como los terremotos; predicación mundial del evangelio; aumento de la intolerancia religiosa; apostasía; gran tribulación agravada por las decepciones que ella implica; señales cósmicas que llegan a su punto culminante con la venida de Cristo para reunir a sus elegidos.

Por lo general, este discurso se divide con claridad en tres tiempos: los sucesos que están antes del tiempo de angustia, el tiempo de angustia en sí y el tiempo en que Cristo salva a los elegidos del tiempo de angustia. El principio del tiempo de angustia estará señalado por la venida de “la abominación desoladora” (Mateo 24:15).

Cuando relacionamos la experiencia del propio Cristo con sus advertencias y agregamos los detalles que se encuentran en las profecías de 2 Tesalonicenses 2, en El Apocalipsis y en otras Escrituras, no es difícil bosquejar un esquema general del futuro. Las categorías ya enumeradas no están necesariamente en perfecto orden cronológico, y varias pueden coincidir. Lo que sigue es solo una sugerencia, y no pretende contradecir nuestro repetido énfasis de que el propósito primario de la profecía es más espiritual que intelectual y que las palabras proféticas se comprenderán claramente solo *después* de su realización.

En primer lugar, en la escena religiosa del mundo aparecerá un renacimiento verdadero y otro falso. La situación se parecerá a la del mundo romano del siglo primero con toda su maldad y desesperación. Será una época en que aumentará la tensión internacional y en que la moral de las naciones se vendrá abajo. Todo esto vendrá acompañado de fenómenos físicos en la tierra, en el mar y en el cielo.

Los sucesos futuros pondrán a la gente en un ambiente de invernadero y eso los hará desarrollarse espiritualmente. Tanto los buenos como los malvados madurarán rápidamente bajo estas condiciones. Mientras el evangelio es predicado a todas las naciones, la oposición que despierta será igualmente generalizada. El alboroto que provocó Cristo el Domingo de Ramos se repetirá en todas partes.

En la falsificada escena religiosa, las teorías de la nueva era, el espiritismo y las falsas religiones pueden

llegar a predominar cada vez más. Será como en el siglo primero cuando las religiones paganas luchaban por su existencia mientras el evangelio de Jesús atacaba todos estos enraizados sistemas de falsa creencia.

Los que no estén arraigados en la verdad de las Escrituras se derrumbarán ante el error de su elección. Los demás, aquellos que han sido almas hambrientas, escucharán la voz del verdadero Pastor y se aferrarán con fuerza a su evangelio. Entonces les contarán a los demás lo que han recibido.

De acuerdo a la historia de la Iglesia, cerca de seis millones de personas se habían aferrado con fuerza al evangelio en la época de la muerte del apóstol Juan, y las Escrituras anuncian que las multitudes reaccionarán también a la divina misericordia en las últimas horas de gracia. Toda la Tierra se iluminará mientras los ungidos, con sus rostros iluminados, le cuentan a la gente lo que Jesús hizo por ellos.

Al igual que en la época de Cristo, los grupos opositores religiosos y filosóficos finalmente se unirán para manipular el mundo y llevarlo hacia un sistema religioso monolítico diseñado para resolver los problemas internacionales. Los fanáticos de una religión reclutarán el brazo fuerte del Estado para imponer su solución universal. Los sistemas de creencia satánicos dominarán a la mayoría de los habitantes de la Tierra. Todos ellos serán idólatras de una forma u otra. La fachada permanecerá respetable y aparentemente gran parte de la Ley de Dios se mantendrá. Y tal como Herodes hizo de buena gana muchas cosas justas pero que también martirizó a Juan, lo mismo sucederá con el mundo religioso. Pero la abominación desoladora —la unión de la religión y el Estado— con el tiempo atacará a los pocos despreciados que, al igual que Cristo, sean leales a la ley divina y se guíen solamente por la Palabra y el Espíritu de Dios.

Por culpa de los corazones duros, el mundo deja las puertas abiertas al engaño poderoso y casi irresistible, en tanto que se presenta una falsa venida de Cristo en diversas partes del mundo (2 Tesalonicenses 2:1-12). En ese momento el verdadero pueblo de Dios será revelado por su buena disposición a morir por Cristo y serán sellados por la eternidad. El tiempo de angustia para los que tengan fe en Jesús se convertirá en tiempo de angustia para el mundo a medida que la justa ira de Dios comience a caer. El mundo entero se dividirá en solo dos grupos. El grupo más grande revelará la imagen de su maestro, Satanás que, al igual que él, son asesinos y mentirosos. El grupo más pequeño reflejará su semejanza con Cristo. Ellos rogarán por sus perseguidores. El universo contemplará a los buenos y a los malos que se encuentren maduros para la cosecha. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo y todas las naciones se lamentarán en aflicción por su causa, es decir, todos menos la dispersa, entusiasta y expectante minoría, que sabrá que la hora de su liberación ha llegado.

No se debe pasar por alto que la única señal segura de que se acerca el regreso de Jesús es la predicación del evangelio en todo el mundo (Mateo 24:14). En ese momento también será de gran importancia la advertencia de que la sociedad ha de convertirse en un cadáver descompuesto en la víspera de ese ofrecimiento de gracia final (Mateo 24:28).

Esta profecía presenta la señal del anticristo —la abominación desoladora— y la señal del regreso de nuestro Señor —la señal del Hijo del Hombre en el cielo— (Mateo 24:15 y 30).

“Abominación desoladora” es un término con que se alude al anticristo. Literalmente significa un poder idólatra que es adorado por los incrédulos, que persigue y deja desolado. La unión de la Iglesia y el Estado en los

últimos días creará una abominación que dejará desolado al verdadero pueblo de Dios.

¿Había algún formulario para solicitar la abominación desoladora durante la Semana Santa? Sí, lo había. Y lo rellenó Judas, el traidor que reclutó a los soldados romanos para que lo ayudaran a localizar y a traicionar a su Señor. ¿Acaso el cuadro está completamente a oscuras? ¡No! Existe la promesa de la expansión del evangelio y también la preocupación del Señor por sus escogidos (Mateo 24:14, 22, 31).

El versículo 35 de Mateo 24 es la garantía de que todos estos anuncios se cumplirán. El versículo por sí solo es suficiente para establecer el carácter mesiánico de Cristo y la veracidad de su evangelio.

Mateo 25

No olvide que la segunda parte del “Sermón de los olivos” se encuentra en Mateo 25. El mensaje es el mismo en las cuatro historias y relaciona palabras clave del sermón — “velad” y “estad preparados”—. El Juicio está cerca y no se puede evitar.

El momento culminante de la primera historia, en los versículos 45 a 51 del capítulo 24, es una pregunta: “¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente?”. Lo que se infiere es que una persona así es poco común. Jesús tenía en vista los días oscuros que vendrían, cuando el clero de una Iglesia decaída sería realmente culpable de crueldades y excesos como las reveladas en el vergonzoso comportamiento de ese “siervo malvado”.

La última historia de Mateo 24 y la primera de Mateo 25 advierten que la venida de Jesús no tendría lugar cuando la gente la esperara, sino que se tardaría. En la parábola de las diez vírgenes, el esposo (Jesús) no llega a las 6:00 p. m. cuando salen las estrellas ni a las 10:00 p. m. ni cinco minutos para la medianoche. Las diez vírgenes que lo esperan están durmiendo, pero no se las

culpa por eso. Se culpa a las que no se prepararon mientras el esposo se tardaba. A cada virgen se la describe con una lámpara, que solo funciona apropiadamente si tiene un buen suministro de aceite, que representa el Espíritu de Dios. Las cinco vírgenes insensatas se descuidaron y no llevaron una vasija adicional de aceite porque pensaban que tenían más que suficiente para sus necesidades. Pero como el esposo no se presentó cuando esperaban, sus lámparas se apagaron. Solamente las cinco vírgenes prudentes, que tenían aceite adicional, pudieron mantener sus lámparas encendidas. Desafortunadamente para las cinco vírgenes insensatas, el Esposo llegó justo cuando fueron a conseguir más aceite. Él y las cinco esposas prudentes entraron al banquete de bodas y la puerta se cerró.

La mitad de las vírgenes que esperaban —es decir, la mitad de los cristianos— se perderán la vida eterna cuando Cristo venga porque no tendrán el Espíritu de Dios (el aceite) en sus vidas (las lámparas). ¿En qué grupo se encuentra usted?

La parábola de los talentos (Mateo 25:14-30) revela que el número de talentos que el Señor entrega varía de una persona a otra. Sin embargo, nadie será juzgado según el número de talentos que tenga, sino según el uso que haga de ellos. Están los que quieren honrar a Cristo con sus talentos cuando regrese y dan lo mejor de sí para mejorarlos y aumentarlos. Y están los que solo piensan en sí mismos y no se esfuerzan para mejorar ni aumentar sus talentos. No hay lugar para este segundo grupo en el reino de Dios.

Observemos ahora los versículos 31 a 46 sobre la profecía del Día del Juicio en que Cristo vendrá en toda su gloria acompañado por los ángeles del cielo. ¡Cuántas sorpresas habrá ese día! La descripción no tiene igual en la literatura por su magnificencia y patetismo. J. Monroe-Gibson comenta: “No se podría cambiar una sola palabra

ni se podría prescindir de una sola oración ni se podría agregar un solo pensamiento para mejorar la profecía. Posee las señales de la perfección, tanto si la miramos desde el punto de vista de la divinidad del Orador como desde el punto de vista de su Humanidad” (*Commentary on Matthew*, p. 366).

En esta parábola de las ovejas y los cabritos Jesús enseña que juzgará a las personas el Último Día según la preocupación que demostraron por los desdichados de la sociedad. Ese día Jesús dirá: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40).

La primera parábola del juicio al final del capítulo 24 se centra en los líderes de la Iglesia, mientras que la segunda y la tercera parábola se refieren a los miembros de la Iglesia en general. Lo que hace la diferencia fundamental no son las creencias que usted tiene, sino su semejanza o contraste con Jesús en términos de amor y ternura.

La parábola de las ovejas y los cabritos es la única vez en que Jesús se llama a sí mismo Rey. Observe el enorme abismo que existe entre las dos palabras más importantes del Rey: “Venid” y “Apartaos”. La gran pregunta es esta: “¿Cómo se ha portado usted con Cristo?”. La otra pregunta: “¿Cómo se ha portado usted con los pobres de Cristo?”, está allí solamente para aclarar la respuesta a la primera pregunta.

8 - JESÚS LAVA LOS PIES DE SUS DISCÍPULOS

En Juan 12 leemos que María unge con perfume los pies de Jesús y se los lava con lágrimas. Aquí, en Juan 13 es Jesús quien lava los pies de sus discípulos. Este capítulo comienza cuando Jesús les muestra a sus discípulos “toda la magnitud de su amor”.

A pesar de que Jesús sabía que sus discípulos lo abandonarían vergonzosamente en unas pocas horas, no renunció a amarlos. Jesús se levantó de la mesa, se quitó su manto y se ciñó una toalla. Luego echó agua en un lebrillo, comenzó a lavar los pies de sus discípulos y después se los secó con la toalla que se había ceñido.

Lo que Jesús hizo en esta ocasión fue representar una parábola de su ministerio. Se levantó de la fiesta celestial, se quitó su gloria exterior, se ciñó en humanidad e hizo una reverencia para lavar la suciedad de nuestro caminar diario.

Cristo les dice a todos aquellos que rechazan que lave sus pecados: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo” (Juan 13:8).

Por medio de este servicio Jesús nos da un ejemplo de cómo debemos servirnos los unos a los otros (Juan 13:15). No nos designaron para criticar la “suciedad” en los pies de nuestro hermano; nos designaron para ayudarlo humildemente a aceptar la limpieza que ofrece Jesús.

9 - JESÚS ESTABLECE LA CENA DEL SEÑOR

Vivimos en un mundo de maldad y muerte. ¿Qué han hecho las mentes más importantes del mundo para ayudarnos a comprender y superar los problemas de la maldad o de la muerte? Sócrates enseñó durante cuarenta años, Platón durante cincuenta y Aristóteles durante cuarenta, lo que hace una total de ciento treinta años.

Pero sus contribuciones para resolver estos problemas fundamentales son casi nulas. Luego vino Jesús de Nazaret, quien a pesar de enseñar solamente durante tres años nos trajo la solución a los problemas de la maldad y de la muerte. ¡Esa solución es él mismo!

Estas son las palabras de Jesús que Marcos registró en el capítulo 14:22-24: *“Y mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo, y lo partió y les dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron de ella todos. Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada”*.

Piense en esto por un momento. He aquí a un campesino galileo a punto de ser ejecutado como si fuera un delincuente y, sin embargo, está anulando el contrato de 1500 años que Dios había hecho con su pueblo. Si no fuera más que un hombre, la gente se reiría de su audacia. Pero no se ríen. Y tampoco dicen: “¿Quién se cree que es?” ni “¿Acaso está loco?”.

Por ser quien era las palabras de Cristo son auténticas en sí mismas. En otro lugar invitó al mundo a poner sus cargas sobre él (Mateo 11:28). Y en Juan 15:5 les dice a sus discípulos que sin él no podrían hacer nada que valiera la pena. Si un hombre común y corriente se atreviera a hacer tales afirmaciones, se reirían de él, pero no de Cristo.

Algunas cosas de la cena del Señor (o última cena) son muy claras. Obviamente Jesús se veía a sí mismo como el

verdadero cordero de Pascua que expiaría los pecados de todos aquellos que se pusieran bajo la protección de su sangre derramada.

Existen formas de morir sin derramamiento de sangre, como por asfixia o envenenamiento, pero Jesús tenía que sufrir una muerte sangrienta como la del cordero de Pascua. Es por intermedio de la fe en la sangre de Cristo que somos justificados o hechos justos. La justificación no nos hace justos interiormente; solo declara que somos justos.

Jesús nos da esta justicia como si fuera un regalo a cambio de nuestros pecados (2 Corintios 5:21). Jesús pagó el precio de nuestros pecados para que no tuviéramos que hacerlo nosotros. Él murió para que nosotros pudiéramos vivir.

Para entrar al cielo tenemos que estar justificados por Dios. La virtud de justificación, que Jesús nos quiere dar como un regalo, es de un ciento por ciento. La virtud de santificación, que es el resultado de nuestras buenas obras, nunca es de un ciento por ciento. Como necesitamos el ciento por ciento de virtud para obtener la vida eterna, debemos aceptar, por medio de la fe, este regalo de Jesús.

Los que ponen su fe en su propia virtud serán excluidos, ya que cualquier porcentaje menor al ciento por ciento es una nota insuficiente. No se trata de lo que tenemos, sino de a quién tenemos.

Cuando Jesús entre en nuestros corazones con su perfecta justicia, se esforzará por vivir su vida a través de nosotros, haciendo que seamos más justos cada día. No tenemos que ser buenos para ser salvos, pero sí tenemos que ser salvos para ser buenos.

La cena del Señor nos enseña que la crucifixión de Cristo no fue una tragedia, sino la forma que tuvo Dios para salvar el mundo. El pan partido representa el cuerpo de Cristo que sería partido por nosotros en la cruz, y el

vino representa la sangre que derramaría por nosotros en la cruz. Aceptar el pan y el vino significa que aceptamos el sacrificio de Jesús por nosotros.

10 - JESÚS DICE: “NO OS PREOCUPÉIS”

Los capítulos 14 a 16 de Juan registran las últimas enseñanzas de Cristo antes de ser crucificado. En concordancia con la esencia del Evangelio de Juan estas enseñanzas son personales e íntimas.

Muchos cristianos sienten que Juan 14 es el capítulo más alentador de la Biblia. “Este conmovedor discurso se ha comparado con el resplandor maravilloso del sol en el ocaso, rodeado de nubes oscuras y a punto de hundirse en nubes todavía más oscuras en el horizonte, nubes que se agitan entre relámpagos, truenos y tempestad”.

¡Pero qué maravilla! En vez de sentirse agobiado de temor por su propia suerte, Cristo comienza a preparar a sus discípulos para enfrentar la penosa situación que se le aproximaba. En este capítulo dice dos veces: “No se turbe vuestro corazón”.

No importa lo inteligente, rico, hermoso y fuerte que uno pueda ser, la vida nunca dura mucho tiempo en calma. C. S. Lewis dijo: “La mitad de la belleza de la vida está formada por sombras”. Si creemos que es el amor y la sabiduría de Dios lo que permite esas sombras y que las pesadillas nunca duran, entonces podemos sobrevivir a los problemas de la vida.

La mayoría de las tragedias se producen sin previo aviso. Ninguno de nosotros sabe lo que nos puede deparar cada día, por lo tanto debemos prestar atención al consejo de Jesús: “No se turbe vuestro corazón”. No tenemos nada que temer, ya que él está con nosotros si hace buen tiempo o si hay tormenta.

Jesús da siete razones de por qué no debemos preocuparnos:

1. La primera es que Dios nos tiene reservado un lugar junto a él y que Jesús fue a prepararnos ese lugar (14:2).
2. La segunda es que Jesús volverá para llevarnos con el Padre (14:3).
3. La tercera es que el camino al Padre es Jesús. Nadie

viene al Padre si no es a través de él (14:6).

4. La cuarta es que los que tienen fe en Jesús realizarán incluso mayores obras que las que él hizo. Pedro, por ejemplo, pudo convertir a tres mil personas en el día de Pentecostés (14:12).
5. La quinta es que Jesús le pedirá al Padre que envíe a otro Maestro, Consolador y Alentador para que tome su lugar (14:16-18).
6. La sexta es que este nuevo Ayudante los guiará hacia la verdad, verdad que es el resultado de la vida, la muerte y la resurrección de Cristo (14:25).
7. La séptima es que Cristo les dejaría una herencia de paz. “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (14:27).

Cristo es el camino, la verdad y la vida (14:6) y, sin embargo, muchos de los que serán salvos nunca escucharon su nombre. En Hebreos 11 se encuentran los nombres de muchos que no supieron nada de Jesús, pero estarán en el reino de Dios gracias a lo que Jesús hizo por ellos en la cruz. Solamente gracias al calvario uno puede ser salvo. Al igual que la gente recibe los beneficios de la electricidad sin saber cómo ni dónde se generó, hay muchos que reciben los beneficios del sacrificio de Cristo sin saber cómo ni cuándo se entregó. Algún día aprenderán sobre el sacrificio que Jesús hizo por ellos.

En Juan 14:15-18 Jesús promete enviar “otro Consolador” para que siempre esté con sus seguidores. Jesús fue el primer Consolador; el Espíritu Santo venidero sería el segundo Consolador. Jesús vendría a su pueblo a través del Espíritu Santo (14:18). Este Espíritu sería conocido como “Espíritu de Dios” y “Espíritu de Cristo” (Romanos 8:9). ¿Cómo es posible? Esto se debe a que Dios es uno solo. Si Jesús hubiera permanecido en el cielo y el Padre hubiera venido a la Tierra para morir por nosotros, no habríamos notado ninguna diferencia. Si hemos visto a Jesús, hemos visto al Padre (14:8-11). Del

mismo modo, si tenemos el Espíritu Santo, tenemos a Jesús.

Jesús y el Espíritu Santo son como las dos caras de una moneda: son completamente distintas la una de la otra, pero son una sola porque no es posible tener una sin la otra.

Cuando en Deuteronomio 6:4 se dice que Dios es “uno”, la palabra hebrea *echad* (uno) es la misma que se empleó en Génesis 2:24, donde se dice que Adán y Eva serán “una” sola carne. Jesús oró para que sus seguidores fueran uno solo de la misma forma que él y el Padre eran uno (Juan 17:21-22). Esta no es una unidad numérica, sino la unidad que proviene de la unidad en el espíritu (Juan 17:23).

Compare Mateo 7:11 con Lucas 11:13. Ambos versículos son muy similares. Mateo dice: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”. Por otro lado Lucas dice: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”. Las conclusiones sobre estos dos versículos nos enseñan que tener el Espíritu Santo es lo mismo que recibir buenos regalos, o dádivas, de Dios. ¡Qué ricos son los cristianos!

En la última cena Jesús les dijo a sus discípulos que se iba a preparar un lugar para ellos con el Padre. Al igual que José descendió a Egipto a llenar los graneros para salvar a su familia que corría el peligro de morir, así también Jesús se fue “por un tiempo” para traerle la salvación a su familia.

11 - JESÚS: LA ÚNICA FUENTE DE FRUTO

El decimocuarto capítulo de Juan finaliza con estas palabras: “Levantaos, vamos de aquí”. Por lo tanto, lo que leemos en los siguientes tres capítulos se dijo camino a Getsemaní. Mientras caminaban bajo la luz de la luna llena vieron pequeños fuegos en las viñas donde los pámpanos, que habían sido podados de las vides, aún estaban ardiendo.

En este momento Jesús se volvió hacia sus discípulos y dijo: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto. (...) Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Juan 15:1-4).

Algunos pámpanos no llevan ningún fruto. Estos retoños, que hacen que la vid se vea saludable y floreciente, toman la energía de la vid que debería ir hacia la producción de uvas, así que el cuidador del viñedo las quita por no llevar uvas.

Incluso los pámpanos que sí llevan uvas deben limpiarse para que su energía vaya hacia la producción de uvas y no hacia la madera y las hojas que no son necesarias.

Podar es doloroso, pero el resultado es maravilloso. Cuando Dios quiera limpiar de su vida lo que no produce fruto para su reino, no se resista. Los mejores cristianos —los que están llenos de paz y gozo— son los que dejan que Dios pade lo que es inservible e innecesario en sus vidas.

Al final del capítulo pasado leímos la invitación de Cristo para levantarse de la mesa y caminar con él. El presente capítulo habla de la vida de resurrección, es decir, de la vida del cristiano levantado. Los que,

tomando el pan y el vino, demostraron que recibieron el Cristo crucificado, ahora caminan en el poder del Espíritu de Jesús. Ellos llevan mucho fruto. No existe un cristiano verdadero que no lleve fruto. Y un cristiano no puede llevar un fruto mayor que el fruto del amor.

En este discurso Jesús emplea muchas veces el verbo “permanecer”. Para un cristiano la vida depende de permanecer en Jesús. Debemos permanecer en Jesús tal como el pámpano permanece en la vid; y Jesús debe permanecer en nosotros tal como la savia de la vid permanece en el pámpano. Al ser separados de la vid — que es Jesús— morimos espiritualmente. Y el único lugar para los pámpanos muertos es el fuego. Los pámpanos improductivos no sirven para nada más.

Mientras seamos conscientes de nuestra necesidad, moraremos en el Salvador. Pero en cuanto creamos que somos lo suficientemente buenos, sabios y fuertes, en ese mismo momento estaremos en peligro de separarnos a nosotros mismos de la vid.

Un manzano no se esfuerza en producir manzanas. Y la vid no se esfuerza en producir uvas. Eso simplemente ocurre. Si vivimos conectados con Cristo para que su vida esté en nosotros, entonces naturalmente produciremos mucho fruto.

¿Por qué el Señor dice que nos echarán en el fuego si no llevamos fruto? Porque el propósito de la vid es llevar fruto, así que si no llevamos el buen fruto del amor no tenemos ningún propósito en el reino de Cristo. Si nuestro corazón es justo, nuestra vida también lo será.

En los versículos 9 a 13 se menciona ocho veces el tema del amor. Nadie nos pide que produzcamos algo que no podamos producir. La cruz de Jesús no es de hierro, sino de madera. La fuente del amor consiste en saber que somos amados. Nadie ama a Cristo hasta que descubrimos que Cristo nos ama tal como somos. Y si vivimos conectados con Cristo nos vamos a parecer a él.

Además, podremos llevar a otras personas hacia Cristo por medio del amor. Porque solamente tenemos dos opciones: amar u odiar a los demás.

En el versículo 7 el Señor dice: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”. Este versículo debe comprenderse en el contexto de producir fruto para el Señor. Si usted realmente quiere el fruto del amor y constantemente ruega por sentirlo, lo va a conseguir. Si usted realmente quiere el fruto de ganar almas para Jesús y le pide al Señor que se lo dé, el Señor se lo dará. Su deseo es precisamente que usted le lleve ese fruto. El capítulo quince del Evangelio de Juan se centra en los últimos cinco mandamientos de Cristo: “venid”, “aprended”, “creed”, “seguid” y “permaneced”. El cristiano que obedece estos mandamientos es el que produce fruto.

12 - EL MENSAJE DE DESPEDIDA DE JESÚS

El último mensaje de Jesús a sus discípulos fue para fortalecerlos ante lo que parecía ser una tarea casi imposible: llevar las buenas nuevas de un Mesías crucificado y resucitado a los incrédulos. ¿Cómo podrían realizar esa tarea si Jesús se iba a marchar?

Lo primero que les dice Jesús a sus discípulos es que debe irse para que el Espíritu Santo pueda venir y tomar su lugar. Como Jesús estaba limitado por un cuerpo humano, le resultaba imposible estar con los creyentes de todo el mundo al mismo tiempo. Pero el Espíritu Santo sí podía realizar esto porque no tiene esas limitaciones.

Cuando los discípulos de Cristo estaba con él no le temían a sus enemigos, ya que su presencia había sido su escudo. Pero ahora tendrían que poner su fe en la presencia invisible del Espíritu Santo.

Jesús les dijo que cuando viniera el Espíritu Santo le enseñaría a la gente que su pecado principal era resistirse a creer en él, que la justicia es una dádiva de Dios y que habrá un juicio en el futuro.

El pecado, la justicia y el juicio son las grandes realidades de la vida. El pecado y su contrario, la justicia, chocan constantemente hasta provocar el juicio. El hoy es el juicio del ayer. Y así como una filtración de seguro puede hundir un barco, así también un pecado atesorado puede destruir a un pecador.

Cuando nuestro Señor hablaba de pecado tenía en mente un pecado en particular que es peor que todos los demás: el porfiado rechazo del amor de Dios revelado en el sacrificio que Jesús realizó por todos nosotros. Si le damos la espalda a lo mejor que el universo puede ofrecernos, significa que nos hemos sumido en lo más bajo que la naturaleza humana puede hundirse.

Para rechazar a Jesús debemos darle la espalda a sus manos llenas de dádivas, manos que nos ofrecen las bendiciones que necesitamos para vivir una vida segura, en paz y llena de gozo.

El versículo 18 nos dice que el Espíritu nos hablará primero de la enfermedad humana —el pecado— y después del único remedio —la virtud—. El remedio que Jesús nos ofrece es gratis. Pero solamente puede recibirse de las manos traspasadas por los clavos del Cristo levantado. Nosotros, que nos convertimos en pecadores por la desobediencia de Adán, nos hemos convertido en justos por la obediencia de Cristo (Romanos 5:19). Cristo deposita su perfecta obediencia en la cuenta de todos los que ponen su fe en él. Aunque no tuvimos participación en lo que Adán nos hizo, tampoco tuvimos participación en lo que Cristo hizo por nosotros. Sin embargo, somos responsables de elegir a quien seguiremos. Podemos seguir a Adán y seguir siendo pecadores o podemos seguir a Jesús y recibir su dádiva de justicia.

Después del pecado y la justicia viene el juicio (Juan 16:8-11). Si nos aferramos al pecado seremos juzgados y condenados a morir, ya que la paga del pecado es la muerte (Romanos 6:23a). Pero si recibimos la dádiva de Dios, que es la perfecta justicia de Jesús, recibiremos la vida eterna (Romanos 6:23b). Como Jesús fue juzgado y condenado por nuestros pecados, nosotros no lo seremos, ya que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús (Romanos 8:1).

Para usted, el día del juicio ocurre cuando se encuentra con Cristo y se enfrenta a la disyuntiva de aceptar o rechazar el sacrificio que realizó por usted. Negarse a tomar una decisión es rechazar a Jesús, ya que el que no está con Jesús está contra él.

Pero el que elige a Jesús “tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

Usted puede decidir el curso de su juicio y de su destino en este mismo momento. La Biblia dice: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36).

13 - LA PLEGARIA FINAL DE JESÚS

En Juan 17 se encuentra la plegaria que Jesús rezó mientras la sombra de su crucifixión caía sobre él. Lo asombroso de esta plegaria es que Jesús espera que la cruz sea el lugar donde será exaltado, donde el Padre será glorificado y donde la salvación le será entregada al mundo.

En esta plegaria Jesús se reserva para el sacrificio, durante el cual él es el sacerdote que oficia y el Cordero sacrificial. Jesús ora también por sus seguidores, no para que pudieran ser ricos en posesiones materiales ni para que tuvieran gran reputación, sino para que pudieran ser uno. Ellos “han guardado tu palabra”, le dijo al Padre (versículo 6). Estos imperfectos y extraviados hombres fueron favorecidos con la perfección del propio Jesús. Lo mismo sucede con nosotros. Cuando Dios nos mira nos ve vestidos con la túnica que nos puso nuestro Salvador.

Cristo le ruega al Padre que cuide y guarde a todos los que ponen su fe en Jesús. Nosotros no podemos guardarnos a nosotros mismos, pero la mano de Dios en nuestro hombro es como la de un hermano cariñoso. Él nunca nos dejará solos. Nunca nos perderemos mientras nos aferremos a Jesús y procuremos ser como él.

Durante esta plegaria Jesús ruega varias veces porque haya unidad entre sus seguidores (versículos 11, 22 y 23). Pero la unidad no es uniformidad. La unidad no significa que tenemos que estar de acuerdo con los imperfectos seguidores de Jesús. Significa que debemos aprender a estar en desacuerdo con ellos sin ser antipáticos. Puede haber grandes diferencias en términos de enseñanzas y cultura religiosa entre los cristianos, pero como todos somos salvos gracias al sacrificio de Jesús, somos todos hermanos y hermanas con un solo Padre celestial.

Muchas iglesias han hecho mucho daño al exigir a sus miembros que crean exactamente lo que sus líderes

ordenan. Estas iglesias son como una fábrica que produce zapatos del mismo tipo. Las opiniones pueden estar equivocadas, pero el amor nunca lo está, así que debemos comprender la diferencia entre unidad de opinión y unidad de corazón. Es la unidad de corazón por la que Jesús está rogando.

Al acercarse al final de su plegaria, el Señor dice: “Padre justo (...) les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos”.

El deseo de Jesús es tener el cielo en la tierra, reflejado en las palabras y acciones de sus seguidores.

14 - JESÚS EN GETSEMANÍ

Un gran rey se marcha de Jerusalén con mucha tristeza. Cruza el arroyo Cedrón junto a un puñado de amigos, y luego, con lágrimas en los ojos comienza a subir el monte de los Olivos. Detrás de él deja su amada nación que se ha vuelto contra él. Uno de los suyos, el que lo traicionó, se encuentra en esa ciudad.

Esta historia se encuentra en 2 Samuel, capítulos 15 a 18. Se trata del rey David que fue traicionado por Absalón. Mil años después el “Hijo de David”, el Rey Jesús, traicionado por Judas Iscariote, se marcha de Jerusalén junto a sus discípulos, cruza el Cedrón y comienza a subir el monte de los Olivos.

Al llegar al jardín de Getsemaní Jesús “tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Marcos 14:33-34).

¿Por qué este Hombre está tan afligido? Esto se debe a que se ofreció para hacerse cargo del pecado de todo el mundo y pagar su castigo, que consiste en la eterna separación de Dios su Padre. La Biblia dice que Dios “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21).

Nadie ha tomado una decisión más importante (ni nadie la tomará) que la que Jesús tomó en Getsemaní. Allí Jesús confirmó su decisión de tomar nuestro lugar y morir por nosotros para que pudiéramos vivir eternamente. Él iba a la cruz donde sufriría la segunda muerte en nuestro lugar, una muerte que sería total y completa, sin esperanza de vida más allá. No es extraño que fuera una decisión tan difícil de tomar; con razón estaba tan afligido.

Dios odia el pecado debido al perjuicio que le hace a la gente, las familias y las naciones, así que hizo planes para destruirlo. Sin embargo, el pecado no existe fuera

de la gente. Usted no puede llevar dos kilos de pecado ni cuatro litros de injusticia. El pecado es el mal que se encuentra en el corazón de la gente; es la rebelión contra la ley de Dios, y se manifiesta por medio del asesinato, el adulterio, el robo, la mentira, etc.

Como el pecado solo existe en las personas, Dios solamente puede destruirlo dentro de ellas. Y puede hacerlo de dos maneras. Puede trasladar nuestro pecado hacia él y luego destruirse con el pecado en lugar de nosotros; o bien puede destruir el pecado destruyéndonos. Como es un Dios de amor, eligió destruirse a sí mismo en nuestro lugar, y pagó todo el precio por nuestro pecado en la cruz. “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Algunos, sin embargo, aman tanto su pecado que nunca se liberarán de él; ni se lo darán a Jesús para que pueda pagar su castigo por ellos. Así que en el Juicio Final tendrán que pagar el castigo por su propio pecado. Porque o es Jesús el que muere por nuestro pecado o somos nosotros los que morimos por nuestro pecado. No existe otra alternativa.

Si en el Juicio Final somos destruidos, se deberá únicamente a que le hemos dado la espalda al regalo de vida que Dios nos da por medio de Jesús; solo se deberá a que hemos amado más nuestro pecado que a Jesús. El mayor pecado es rechazar a Jesús, que enfrentó la segunda muerte de eterna separación de Dios en nuestro lugar.

Fue en el jardín de Getsemaní donde Jesús tuvo que elegir entre sufrir la segunda muerte por nuestros pecados o dejar que nosotros mismos pagáramos ese castigo. Esa decisión desgarró tanto al Creador del universo, que había vivido eternamente, que llegó a sudar sangre, y Dios tuvo que enviar un ángel para fortalecerlo (Lucas 22:41-44).

Cuando estamos atormentados Dios procura que nos volvamos a él en oración tal como lo hizo Jesús. Allí en el jardín se dirigió a su Padre con un nombre que los judíos nunca usaban para referirse al Gobernante del universo: *Abba*, que significa “Papi” (Marcos 14:36). Nuestro Dios es un Padre cariñoso y entiende lo que sucede en nuestro corazón. Él tiene presente que solo estamos hechos de polvo. “Como el padre se compadece de los hijos, así se compadece el Señor de los que lo respetan”. Nunca podremos encontrar paz en medio de los problemas hasta que conozcamos a Dios como “Papi”.

En Mateo 26:39 podemos leer: “Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando...”. Por muy angustiados que estemos, recordemos siempre que Jesús fue un poco más adelante. Por muy trágico que sea nuestro tormento, debemos recordar que él sufrió algo mucho peor. Jesús aplastó con sus pies todas las espinas que nos amenazan. Cuando Jesús dice: “mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Mateo 26:38), debemos recordar que él sabía que estaba a punto de sufrir el tormento de los condenados y de ser separado de Dios para siempre. Este es el misterio que resuelve todos los demás. Una vez que comprendemos el significado del infinito dolor de Dios hecho hombre, tenemos la clave de nuestra salvación. Una vez que comprendemos la razón de sus tinieblas, nuestras propias tinieblas se disipan.

Aunque Getsemaní y el calvario constituyen lo peor que ha existido en el universo (el hombre que asesina a su Creador), también constituyen lo mejor (el Creador que da libremente su vida por el hombre para que podamos vivir eternamente en un mundo libre de pecado).

Getsemaní y el calvario nos enseñan que el dolor no significa que nos quedamos solos. El clamor de Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has

desamparado?”, nos asegura que podemos sentirnos desamparados cuando en realidad no lo estamos. Cuando Jesús murió se encargó de todo el desamparo en que Dios nos dejaba, lo que significa que ahora Dios solamente siente amor por nosotros.

¿Se ha dado cuenta de que las maldiciones dichas a Adán por su pecado en el Edén cayeron todas sobre Jesús? Cuando Adán pecó, le dijeron: “Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra”. En Getsemaní Jesús sudó sangre, y antes de ser crucificado le pusieron en la cabeza una corona de espinas.

Cuando Adán pecó se sintió desnudo de la presencia del Espíritu de Dios en su vida. Cuando a Jesús lo crucificaron lo clavaron desnudo en la cruz.

Cuando Adán pecó fue expulsado de la presencia de Dios. Cuando Cristo tomó nuestros pecados y los puso sobre sus hombros también fue rechazado por Dios.

Volvamos al jardín. Jesús está orando: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (v. 39). Jesús recibió la copa que contiene los pecados del mundo para beberla, y debe elegir entre beberla o rechazarla. Si la rechaza, seremos nosotros los que tendremos que beber el contenido tóxico de nuestra propia copa. O Jesús bebe de nuestra copa o seremos nosotros los que tendremos que beber de la nuestra. Finalmente ora: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mateo 26:42).

El tormento de Jesús en el jardín lo preparó para el tormento de la cruz. Getsemaní fue el lugar de la decisión; el calvario fue el lugar de la acción. Jesús y Judas tomaron su última decisión en el jardín. Jesús se decidió por nosotros; Judas se decidió en contra de Cristo. La

humanidad se arruinó en el jardín, pero la decisión de redimir al hombre también se tomó en un jardín.

Mientras Cristo ora en Getsemaní, los soldados romanos y los alguaciles del templo llegan y lo arrestan (Juan 18:2-3). Cuando se aproximan Jesús se adelanta y les pregunta: “¿A quién buscáis?”.

“A Jesús nazareno”, le respondieron.

Cuando Jesús replicó: “Yo soy”, los soldados retrocedieron y cayeron a tierra. Jesús demostró su poder sobre sus enemigos para mostrarles que era él quien tenía el control y que hicieran lo que hicieran con él solo lo harían con su permiso.

El que condujo a los que llegaron a Getsemaní a arrestar a Jesús fue Judas, uno de los doce discípulos de Jesús. Judas, un discípulo realmente talentoso, era el responsable de cuidar el dinero del grupo. Desafortunadamente, a menudo robaba dinero de la bolsa para sí mismo. Judas nunca se sometió completamente a Jesús, y cuando Jesús lo reprendió por su avaricia, decidió cobrarse revancha traicionando a Jesús ante las autoridades judías (Juan 12:3-7; Marcos 14:6-10).

Esto apunta a la última gran tribulación. La organización principal de la cristiandad será dividida, al igual que el Israel de la época de Jesús, en la jerarquía religiosa y los pocos fieles que son totalmente devotos de Jesús. Uno de los elegidos, como Judas “el hijo de perdición” (Juan 17:12; 2 Tesalonicenses 2:3), traicionará a los fieles. Así como los judíos y los gentiles se confabularon para librarse de Cristo, de la misma forma la Iglesia y el Estado se unirán para librarse de los fieles seguidores de Jesús (Apocalipsis 13:15).

Que un amigo nos traicione es inimaginable. ¡Pero que un amigo nos traicione con un beso! El beso es una prueba de lealtad y amor. Y así será en el fin del tiempo.

El anticristo prometerá lealtad a los seguidores de Cristo, pero solo para poder destruirlos.

La gente prefiere las biografías por muchas razones. Una de ellas es que las penas, las adversidades, los triunfos y los desengaños reflejan nuestras propias penas, adversidades y desengaños. La caída de Judas debe recordarnos que hemos traicionado a Jesús muchas veces, y generalmente por mucho menos que treinta piezas de plata.

Tal vez si diéramos a nuestros pecados el rótulo adecuado podríamos apartarnos de ellos. “¿Qué haces, Judas?”. “Vine a traicionarte, Señor”. “¿Qué haces, Miriam?”. “Estoy mintiendo, Señor”. “¿Qué haces, Juan?”. “Estoy robando, Señor”. “¿Qué haces, Esteban?”. “Cometo adulterio, Señor”. Si fuéramos francos respecto a nuestros pecados veríamos en Judas no solo nuestra maldad, sino también nuestro poder para resistir al mismo Dios. Este poder se llama libertad. Dios nos hizo libres, ¡pero la libertad es una enorme responsabilidad! Debe llenarnos de temor. Su potencial es muy grande para bien y para mal.

Dios es un caballero; nunca obliga. ¿Recuerda al joven gobernante rico? (Marcos 10:17-23) Se alejó de Cristo triste, y Cristo lo dejó ir. No se fue corriendo detrás de él ni lo tomó del codo para decirle: “Mira, deja que te haga entrar en razón”. Eso es espantoso. Significa que debo estar alerta todo el tiempo en caso de abusar de esa libertad.

Acuérdese de los soldados que se lanzaron al suelo ante la declaración de divinidad de Cristo. ¿Acaso aprendieron algo de eso? Aparentemente no. Ni siquiera aprendieron cuando Jesús hizo el milagro de sanar la oreja de Malco (Lucas 22:49-51). Ellos continuaron en su maldad. Y lo mismo hacemos usted y yo, y con frecuencia.

La Biblia dice que estos hombres ataron las manos de Cristo. Pero nosotros también hemos sido culpables de hacer lo mismo. Si nuestra vida es demasiado agitada como para dedicarle tiempo a Cristo, estamos atando sus manos. Si nosotros mismos no tenemos tiempo para nuestros hijos a pesar de querer salvarlos, estamos atando sus manos. A menos que vivamos el amor, eso es lo que hacemos, tal como los soldados que ataron sus manos.

Después de ser capturado, llevaron a Jesús a casa del sumo sacerdote para interrogarlo. Todos los discípulos, temiendo que también serían capturados, huyeron. Después de unos momentos Juan y Pedro se reunieron y lo siguieron a distancia hasta que entraron en el patio de la casa del sumo sacerdote.

“Estando Pedro abajo, en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote; y cuando vio a Pedro que se calentaba, mirándole, dijo: Tú también estabas con Jesús el nazareno. Mas él negó, diciendo: No le conozco, ni sé lo que dices. Y salió a la entrada; y cantó el gallo. Y la criada, viéndole otra vez, comenzó a decir a los que estaban allí: Éste es de ellos. Pero él negó otra vez. Y poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis. Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba” (Marcos 14:66-72).

Este no es el tipo de historia que los cristianos inventarían, ya que suena a verdad. Son pocos los sucesos que podemos encontrar en los cuatro Evangelios, y este es uno de ellos. La negación que hace Pedro de su relación con Jesús debe ser muy importante para que

Juan la mencione, toda vez que sabía que los otros tres evangelistas ya la habían relatado.

Todas las oraciones de esta descripción son dramáticas, y las frases breves tienen un enorme significado. ¿Por qué Pedro se devolvió y siguió a Jesús hasta la casa del sumo sacerdote? Lo hizo por orgullo. Más temprano se había jactado de que los demás discípulos podrían abandonar a Jesús, pero que él nunca lo haría (Marcos 14:29-31). ¿Cómo podría enfrentar a los demás si huía?

Pedro entró al patio, que era un patio interior grande y abierto con piso de piedra, rodeado por los cuatro lados por un edificio de dos plantas. Era una noche fría y en el centro había un bracero encendido. Pedro se acercó al fuego para calentarse. La criada que había estado de guardia en la puerta se fijó en Pedro cuando pasó a su lado. Lo miró atentamente y dijo: “Tú también estabas con Jesús el nazareno”.

El demonio es muy astuto. Nunca ataca como lo esperamos. Si Pedro hubiese sido llevado ante Caifás por su fe en Jesús, hubiera muerto en vez de negar a su Señor. Sin embargo, en esta ocasión la persona que lo interrogó solo era una joven, una molesta mosca, y Pedro trató de silenciarla con una negación. Pero esa negación fue el principio de muchos males, y el demonio forzaría aún más la situación para separar a Pedro de Jesús.

Para no seguir llamando la atención, Pedro se alejó del bracero y se dirigió a la salida. Cuando la criada lo vio allí, les dijo a los que estaban cerca: “Este es de ellos”. Como ya había rechazado a Jesús una vez, le resultaba humillante admitir ahora que era discípulo de Jesús, así que lo negó por segunda vez. Los levitas, felices por la captura de Jesús, miraron a Pedro y dijeron: “Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos”. Esta vez Pedro maldice y jura que no conoce a Jesús.

Y entonces el gallo canta por segunda vez. En ese mismo momento Jesús es sacado de un cuarto superior y se vuelve a mirar a Pedro. Se trata de una mirada de decepción, una mirada de amor y una mirada de perdón. Esa mirada afecta más a Pedro que el canto del gallo: le rompe el corazón. Llorando amargamente, salió corriendo a ciegas de la casa. Afuera, a solas con Dios, Pedro volvió a nacer. Más temprano el Señor le había dicho: Pedro “y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”. Por lo tanto, el Señor ya había visto todo por adelantado y lo había perdonado y restituido por adelantado. ¡Ese sí que es amor!

Esa es nuestra historia porque Pedro somos nosotros. La causa de Cristo está en juicio ahora con tanta certeza como lo estaba entonces en la residencia del sumo sacerdote. No es algo que quedó en el pasado. ¡Ocurre ahora! La causa de Cristo está en juicio ahora, y podemos negar a Jesús tal como lo hizo Pedro. Podemos fingir que no somos seguidores de Jesús, pero siempre debemos recordar que cada vez que hablamos o actuamos mal hacemos brotar un roble de una bellota. Toda mala acción se multiplica a sí misma.

Una gran cadena no es más fuerte que el más débil de sus eslabones. Y así como un solo agujero puede hundir un barco, así también un solo pecado puede acabar con un pecador. La tradición nos dice que siempre que oficiaba una reunión durante la madrugada y un gallo se ponía a cantar, Pedro se detenía a orar. Cuando retomaba la reunión había tanta bondad y tanta ternura en él, que todos los de la congregación se conmovían con él.

Jesús restituyó a Pedro de su caída y lo empleó para predicar las buenas nuevas sobre su muerte y su resurrección a los gentiles en Pentecostés. Pedro se convirtió en un grandioso predicador para el Señor, hasta que, al igual que Jesús, fue crucificado por su fe.

Hay dos principales tipos de traición contra el reino de los cielos. El primero es fingir que somos seguidores de Cristo cuando no lo somos; el segundo es hacer lo opuesto, fingir que no somos seguidores de Cristo cuando sí lo somos. Judas fue el primer tipo de traidor y Pedro, el segundo. Judas planificó la traición de Jesús, pero Pedro cometió un error. Judas no fue leal con Jesús, pero Pedro sí lo fue.

Pedro creía que podía defender a Jesús con su espada, pero su “enemigo” esquivó el golpe, y en lugar de cortarle la cabeza solo le quitó una oreja. Cada vez que la Iglesia busca defender o adelantar el reino de Dios con la espada, fracasa.

Para ser justos con Pedro, la razón por la cual su espada no tomó la vida de otro hombre fue que nadie murió nunca en presencia de Jesús vivo. Jesús disolvió todos los funerales a los que asistió y fue el primero de los tres crucificados en morir.

Pero Cristo puede enmendar los errores. Él puede revelar la vida que hay en la muerte, la victoria en la derrota y el éxito en el fracaso. Cuando esté en una crisis, no se apresure en cortarle la oreja a nadie. Si lo hace podría frustrar el plan de Dios. “Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Juan 18:11). Jesús no necesita que intervengamos; necesita que seamos leales con él y con sus planes.

No debemos dar por hecho que fueron los soldados romanos, los guardias del templo, Judas, Caifás y Anás los que capturaron a Cristo. Ni siquiera Poncio Pilato. No, fue la Ley la que apresó a Cristo, y fueron el Juicio y la justicia de Dios los que vinieron a buscarlo, porque él era el Señalado para sustituir a los pecadores. Todo lo que le sucedió a Cristo es lo que les debería pasar a los pecadores. Somos nosotros quienes nos merecemos que nos aten, que nos escupan, que nos azoten y que nos

crucifiquen. Pero gracias a que Jesús tomó mi muerte tengo vida eterna cuando pongo mi fe en él. Gracias a que tomó mi vergüenza tengo gloria. Gracias a que tomó mi culpa tengo su justicia.

15 - JESÚS ENJUICIADO

Cuando Anás le preguntó a Jesús por sus enseñanzas, Jesús le respondió que siempre había hablado abiertamente en las sinagogas y en el templo, donde se reunían todos los judíos; nunca dijo nada en secreto. Sus testigos eran el pueblo, así que Anás debía preguntarles a ellos.

Todo lo que se dice en secreto está infectado de duda y pecado. En contraste, nuestro Señor es como la luz del sol. Y todo lo que hace un seguidor de Jesús debe ser tan transparente como la luz del sol.

Cuando uno de los alguaciles abofeteó a Jesús por la forma de responderle a Anás, Jesús le dijo: “Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas?” (Juan 18:23). Jesús no era sumiso. Ser cristianos no significa callar ante los abusos. Significa permanecer de pie como una roca por lo que es justo.

Lamentablemente vemos que esta corte eclesiástica sentó un precedente para las posteriores. En los dos mil años siguientes, las organizaciones religiosas que rechazaron la verdad del evangelio persiguieron a los que la aceptaron. Como la verdad del evangelio desafió “las tradiciones de los hombres” que entraban en conflicto con el evangelio, suprimieron el evangelio para que esas tradiciones pudieran mantenerse.

Después llevaron a Jesús ante Caifás, el sumo sacerdote que estaba a cargo de todo el sistema religioso. A este hombre, que rebozaba de orgullo, lo sirvieron hasta veinte mil sacerdotes, y toda Israel lo respetaba como si fuera la voz de Dios. ¿Cuál era su trabajo? Su deber era preservar la religión tradicional a cualquier precio. Pero cuando las tradiciones de los hombres entran en conflicto con los mandamientos de Dios, las buenas personas se polarizan.

En Mateo 23 Jesús atacó a Caifás y su corrupto sistema a causa de sus obligaciones injustas, sus tradiciones, sus fuentes de ingreso, sus prácticas misioneras y su espiritualidad. Fue una discusión frontal. Ahora bien, o debe morir la institución apóstata o bien debe morir Cristo. Caifás tenía la respuesta para eso. Y dijo, en efecto: “Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (Juan 11:49-50).

Pero Cristo invierte la situación y les dice que llegará el momento en qué él será su Juez. En otras palabras, hagan lo que hagan deben hacerlo con un ojo puesto en ese suceso futuro.

Jesús tuvo que enfrentar siete juicios: primero ante Anás, después ante Caifás, seguido del juicio nocturno del sanedrín, luego, muy de madrugada, el juicio matinal del sanedrín, después un juicio ante Pilato, luego ante Herodes, después de nuevo ante Pilato. Los judíos presentaron siete cargos contra Jesús: que trataba de destruir el templo; que era un delincuente; que estaba pervirtiendo la nación; que decía que no se debían pagar impuestos a Roma; que instigaba al pueblo; que se decía rey; y que predicaba ser el Hijo de Dios.

Además, siete personas testificaron sobre la inocencia de Jesús. Y su principal juicio ante Poncio Pilato tuvo siete secciones en las cuales Jesús estuvo alternativamente ante Pilato y fuera de su presencia. El Evangelio de Juan revela que Pilato le hizo a Jesús siete preguntas, y los cuatro Evangelios revelan que Pilato dijo, siete veces, que no encontraba delito en Cristo. Jesús sufrió siete castigos injustos: lo abofetearon, le dieron puñetazos, los guardias le dieron una golpiza ritual, lo azotaron, lo escupieron, lo golpearon varias veces en la cabeza con una caña y lo crucificaron. Jesús crucificado sufrió siete heridas y el período de su crucifixión duró siete horas: seis horas en la cruz y una

hora de reposo cuando lo bajaron de la cruz. En la cruz Jesús habló siete veces y le dijeron siete oraciones mientras colgaba en la cruz.

Estas series de sietes no son coincidencia. La palabra hebrea *sheba* puede traducirse como “siete” o “pacto” (consulte Génesis 21:27-31). Dios hizo un pacto que nos salvaría de nuestros pecados, y si aceptábamos su salvación nos convertiríamos en su pueblo. En la cruz Jesús derramó su sangre por nuestra salvación: “la sangre del pacto”, que sería derramada por muchos para remisión de los pecados (Mateo 26:38). Cuando bebemos esta “sangre” demostramos que aceptamos a Jesús como nuestro Salvador.

Estos sietes ocultos mencionados antes son la firma de Dios en el pacto prometido: que Jesús es el elegido para cumplir la parte de Dios del pacto para salvarnos.

16 - JESÚS FRENTE A CAIFÁS

El encuentro entre Jesús y Caifás fue el encuentro espiritual más decisivo de la historia. Cristo, el Hijo de Dios, frente a Caifás, la cabeza de la religión. La religión de Dios existía en el mundo desde hacía más de mil años, pero por aquel entonces estaba venida a menos, ya que se había vuelto formal y estaba cubierta de percebes de tradición.

Cristo la acusó de ser una farsa, un templo desierto del cual Dios se había apartado (Mateo 23:38). Los sacerdotes, en vez de guiar al pueblo, lo estaban trasquilando. Caifás, enojado por las acusaciones de Jesús, decide sacarse él mismo esta espina de su cuerpo. Jesús debe morir.

Sin embargo, había un solo inconveniente grave: los judíos no tenía autoridad para ejecutar a nadie. Ese derecho solamente les pertenecía a los romanos, el poder invasor. El problema era que los judíos no tenían un caso creíble para llevarlo ante el procurador romano, Poncio Pilato. No podían encontrar ningún testigo que confirmara sus acusaciones. Parecía que el caso contra Cristo se iba a desintegrar. Y ahí estaba Cristo de pie como si los estuviera juzgando. Entonces el sumo sacerdote se salió de sus casillas y exclamó: “Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios”. Jesús les respondió que él vendría a ellos en el futuro como su juez; que vendría a corregir todos los males.

Nunca tenga miedo de permanecer con la minoría que ama y sirve a Jesús. No tema a las masas que dicen que usted está equivocado. Si permanece con Jesús, y si Jesús permanece con usted, puede decir: “Llegará el momento en que se invertirá la situación, en que los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros”.

Solo momentos después la tierra tembló bajo los pies de Caifás y de sus seguidores, y entonces los sepulcros se abrieron y sus cadáveres salieron expulsados (Mateo 27:50-53). Luego el sol se oscureció y el velo del templo se rasgó en dos, abriendo el camino hacia la presencia de Dios. Todos estos hechos señalaban el momento en que Jesús volvería a nuestro mundo como Juez. Ese día los sepulcros volverán a abrirse (Juan 5:28-29). Ese día el sol se pondrá negro como tela de cilicio hecha de pelo de cabra (Apocalipsis 6:12) y Dios se revelará a todos (Apocalipsis 6:16-17).

Jesús viene en juicio. Viene a juzgar a los individuos, las organizaciones religiosas, las corporaciones, las sociedades, las naciones y el mundo entero. Hay una sola forma de escapar a la condena de ese juicio y es entregarle nuestros pecados a él, que murió por ellos en la cruz. Los que lo hacen esperan su venida con ansiedad y gran gozo (2 Timoteo 4:8; 1 Juan 2:28). Los que no lo hacen estarán llenos de temor cuando venga (Apocalipsis 1:7; 6:12-17) y serán consumidos por sus pecados.

Caifás decidió que si tenía que salvar la iglesia, Cristo debía morir. Pero es Cristo quien vino a salvar la iglesia. ¿De qué lado habríamos estado si hubiésemos vivido allí ese día? ¿Habríamos estado del lado de Caifás para proteger la iglesia, su corrupción y las enseñanzas tradicionales? ¿O habríamos estado del lado de Cristo y de la Palabra de Dios? Permanentemente tenemos que elegir entre Cristo y la Iglesia, entre lo que es popular y lo que es verdadero, entre lo que es errado y lo que es justo. El Dr. Arthur Beitz dijo: “No es necesario crucificar a Cristo para salvar la institución. A menos que Cristo viva, ¡la institución ya está muerta!”.

Nuestro destino depende de lo que hagamos con Jesús. ¿Qué hacemos con Jesús, llamado el Cristo? En cada decisión elegimos entre Caifás y Cristo; elegimos

entre el infierno y el cielo. Cada vez que Cristo nos pone frente a su verdad y sus prédicas, elegimos nuestro destino final.

Judas eligió estar del lado de Caifás, pero más tarde llegó a la conclusión de que rechazar a Jesús fue una mala elección. Entonces devolvió el dinero que había recibido por entregar a Jesús a los principales sacerdotes y ancianos y confesó que había entregado sangre inocente (Mateo 27:3-5).

Actualmente hay muchos Judas en la iglesia, gente que recibe ingresos de parte de organizaciones religiosas que traicionan a Jesús y su evangelio. En lugar de estar del lado de la fe en Cristo que prometió proveer lo necesario para sus necesidades (Mateo 6:25-34), están del lado de los que les proveen de seguridad financiera en este mundo. La decisión es nuestra: fe en Jesús o plata en las manos.

Los que eligen la plata en las manos en lugar de tener fe en los cuidados de Jesús algún día se arrepentirán de haber sido tan desleales y tan cortos de vista y, al igual que Judas, confesarán su error, pero será demasiado tarde. No son sus pecados los que los destruirán, sino el no haber estado del lado de Jesús.

El pecado nos resulta maravillosamente atractivo antes de ceder ante él, pero en cuanto pecamos su gloria desaparece. Antes de que pequemos, el acto de pecar parece pequeño y el galardón, muy grande, pero después la situación cambia. Ahora el galardón parece muy pequeño y el pecado se yergue como una montaña. El diablo nos seduce con promesas vanas y después el peso de la culpa puede llevarnos a la desesperación. El pecado nunca cumple lo que promete; en su carnada hay un gancho malvado.

Piense en la reacción de los sacerdotes ante el remordimiento de Judas: “¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!” (Mateo 27:4). Al igual que Caín que asesinó a su

hermano, los sacerdotes no aceptaron la responsabilidad de responder por su hermano. Podemos saber con facilidad si pertenecemos a Cristo o a Satanás según cómo tratamos a nuestro hermano. Si ayudamos a nuestros hermanos y hermanas a llevar su carga, pertenecemos a Jesús. Si solo nos preocupamos de nosotros mismos y no de nuestros hermanos y hermanas que lo necesitan, entonces pertenecemos a Satanás.

Pero hay alguien que realmente se preocupa por nosotros. Y nos invita: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

17 - JESÚS FRENTE A PILATO

Ya hemos visto cuando las autoridades religiosas juzgan a Jesús. Ahora veremos cuando lo juzgan las autoridades políticas.

Las principales autoridades de Israel llevan rápidamente a Jesús ante la presencia de Poncio Pilato, el gobernador romano de Palestina. Pilato había llegado desde su residencia en la ciudad costera de Cesarea Marítima. No iba muy seguido a Jerusalén porque le resultaba un lugar demasiado gris y aburrido. Prefería una sociedad más ostentosa y emocionante. Así que cuando llegó, se quedó en el palacio de Herodes. Allí es donde llevaron a Cristo.

Pero los judíos no entraban en el casa de un no judío antes de una fiesta por temor a ser “contaminados”, ya que esa contaminación les impedía celebrar la pascua. Llegaron con Jesús a rastras hasta una gran hacienda que tenía muchos parques, un hermoso camino y pequeños lagos rodeados de encantadores árboles. Después de cruzar el patio delantero, le avisaron a uno de los guardias que venían a ver a Pilato y a entregarles el prisionero, Jesús. Pero los judíos no entraron.

Las autoridades judías no comprendían que al entregar a Jesús a los incrédulos estaban, como nación, rechazando a su Mesías no obstante estaban ofreciéndolo a los gentiles.

Así que Pilato se tuvo que levantar a las seis de la mañana, y eso no lo alegró en absoluto. Para Pilato, el contacto con los judíos era uno de los aspectos menos agradables de su trabajo, ya que odiaba a los judíos y los judíos lo odiaban a él.

Pilato salió a recibir a la delegación de judíos que traía a Jesús y preguntó: “¿Qué acusación traéis contra este hombre?”. Pero ellos evadieron la pregunta respondiendo: “Si éste no fuera malhechor, no te lo

habríamos entregado”. Pilato, que había comenzado a sospechar de sus intenciones, replicó: “Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie” (Juan 18:29-31).

Los judíos ejecutaban a las personas apedreándolas hasta morir. Sin embargo, Jesús había anunciado que moriría crucificado (Lucas 24:6-8), un castigo que le permitía soportar la extinción de su espíritu, que es el precio que iba a pagar por nuestros pecados.

Pilato les pidió a sus soldados que le llevaran al prisionero. Cuando Jesús estuvo frente a él, le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” (Juan 18:33). Pilato sabía bien que los judíos deseaban liberarse de Roma y que los gobernara su propio rey. Eso lo molestaba.

Jesús admite que es culpable del cargo, pero lo hace de tal forma que al mismo tiempo dice que es inocente. ¿Cómo puede ser esto? Porque su reino no es de este mundo. Si lo fuera sus servidores lucharían. El de Cristo es un reino espiritual ubicado en el corazón del pueblo, un reino que algún día tendría ciudadanos de todas las naciones de la Tierra. Sí, Jesús era Rey de reyes y Señor de señores.

Rápidamente Pilato se dio cuenta de que los judíos le habían entregado a Jesús, no porque hubiera hecho algo malo, sino por envidia (Marcos 15:10). Una y otra vez Pilato intentó liberar a Jesús. Lucas 23:20 afirma que deseaba soltarlo. Juan 19:12 también dice que quería soltarlo. Hechos 3:13 consigna que había resuelto ponerlo en libertad.

Pilato les dijo a los judíos que ellos mismos juzgaran a Jesús. Cuando estos intentos fracasaron envió a Jesús donde Herodes. Cuando Herodes se lo devolvió, Pilato les ofreció a los judíos al sedicioso Barrabás a cambio de Cristo, pero ese intento también fracasó.

Pilato tenía la autoridad para liberar a Jesús, pero el costo de liberarlo era más de lo que deseaba pagar. Los judíos le dijeron muy claramente que si no ejecutaba a Jesús le informarían a Roma. Pilato, cuyos antecedentes dejaban bastante que desear, sabía que si lo hacían perdería su puesto como gobernador. Por lo tanto el problema se reducía a elegir entre él mismo y Jesús. Uno de los dos iba a caer, pero Pilato decidió que no fuera él. Así que dio la orden de crucificar a Jesús.

18 - JESÚS O BARRABÁS

Todos los juicios de Jesús fueron injustos. Cada uno de los jueces era también el fiscal, y no se permitieron testigos que defendieran a Jesús. Los juicios en los cuales se tomó la decisión de ejecutar a Jesús tuvieron lugar de noche, lo que era ilegal. Generalmente en los juicios en que Pilato era el juez, se le permitía al acusado confrontar al acusador, pero no ocurrió así con Jesús.

Después de que Pilato despertó y se levantó para ver por qué los sacerdotes judíos venían a su casa tan de madrugada, su esposa tuvo un sueño perturbador. Y escribió una nota y se la envió a Pilato con un mensajero. Pilato estaba en el asiento del juez cuando se la llevaron. Abrió la nota y leyó: “No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él”.

Solo en ocasiones muy especiales una esposa le escribiría a su esposo para hablarle de su sueño mientras él está en el trabajo, especialmente si ese esposo es gobernador y juez. Obviamente este sueño se destacaba por sobre todos los demás. Ella se sintió forzada, por la naturaleza y la fuerza del sueño, a tratar de evitar que su esposo condenara a un inocente. Dios usaba todos los medios posibles para persuadir a Pilato de que no cometiera el mayor error de su carrera.

Cuando Pilato le preguntó a Jesús: “¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte? Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba” (Juan 19:11).

La respuesta de Jesús es una preciosa joya que puede darnos paz en los momentos difíciles. Dios cuida de nosotros con la misma certeza que cuidó de Jesús. Y es consciente de cada uno de los cabellos que se nos desprende (Mateo 10:29-31). Nada nos sucederá sin su

permiso. Así que debemos aprender a decir ante cada uno de nuestros problemas, juicios y frustraciones: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba”.

Luego a regañadientes Pilato saca su as. Tres sediciosos, culpables de asesinato, habían sido capturados y esperaban la pena de muerte por medio de la crucifixión (Marcos 15:7; Lucas 23:19). Su líder se llamaba Barrabás, nombre que significa “hijo de su padre”. Era costumbre que durante la fiesta judía los romanos soltaran al prisionero que el pueblo elegía. Pilato tenía cuatro prisioneros para elegir y sabía que los líderes querían a Jesús crucificado, pero contaba con que el pueblo elegiría a Jesús.

“Y Pilato les respondió diciendo: ¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos? Porque conocía que por envidia le habían entregado los principales sacerdotes. Mas los principales sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás. Respondiendo Pilato, les dijo otra vez: ¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos? Y ellos volvieron a dar voces: ¡Crucifícale! Pilato les decía: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aun más: ¡Crucifícale! Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado” (Marcos 15:9-15).

Las decisiones que se tomaron ese día se debieron a que la gente cedió ante la presión de los seres humanos en vez de ceder ante la verdad y la justicia. La multitud cedió ante los principales sacerdotes y Pilato cedió ante la multitud. Nadie cedió ante Dios.

Nosotros también somos culpables de ceder ante las autoridades humanas en vez de ceder ante Jesús cuando estamos acorralados. La naturaleza de nuestro carácter se revela cuando nos vemos forzados a hacer algo malo

para salvarnos. Lo que decidimos hacer en esa situación es una elección que revela lo que realmente somos.

En nada vemos con mayor claridad la debilidad y la perversión de nuestra naturaleza humana que cuando el clamor aumenta: “No a éste, sino a Barrabás”. Piense en lo que esto significa. Piense en lo que revela de nuestro propio corazón. Cada vez que debemos tomar una decisión, estamos en la misma encrucijada. Según lo que decimos nos identificamos con el demonio o con Cristo. Y según lo que hacemos, según las ambiciones que abrigamos, elegimos a Barrabás o a Cristo. No existen los indecisos ni los neutrales. “El que no es conmigo”, dijo Jesús, “contra mí es”.

Imagine que Barrabás espera en prisión al verdugo cuando de pronto escucha que retiran el perno y la puerta de hierro de su celda cruje al abrirse. Pero en lugar de ver a un verdugo, ve a un hombre que le sonríe y le dice: “Ya eres libre”. Y Barrabás retruca: “No te burles de mí. Solo dices tonterías”. Y entonces le dicen: “Jesús el nazareno va a morir en la cruz en vez de ti. Así que en marcha. Eres libre”.

Este es el corazón del evangelio. Usted y yo somos Barrabás, hijos de un padre terrenal. Estamos condenados a morir debido a que le dimos la espalda a nuestro Padre celestial. Pero un inocente eligió tomar nuestro lugar y morir por nosotros. Él va a sufrir, agonizar y perdurar para que nosotros podamos liberarnos. Cristo camina hacia la cruz desnudo para que nosotros podamos vestirnos con su manto immaculado de justicia. Cristo lleva una corona de espinas para que nosotros podamos tener una corona de gloria. Y su cuerpo fue magullado y atravesado para que el nuestro pudiera ser glorificado.

Imagine que Barrabás se hubiera negado a creer el mensaje de que quedaba libre. Imagine que aún así insistió en ir a su muerte. ¿Puede imaginar algo tan

insensato? Sin embargo, esta insensatez se puede ver por todos lados. Millones de personas en el mundo se niegan a creer que Jesús murió en su lugar. Millones rechazan su libertad e insisten en ir hacia su propia “crucifixión”, que tendrá consecuencias eternas. Esas personas no creerán en las buenas nuevas porque no pueden creer en un Dios que pueda amar así.

O imagine que Barrabás hubiera dicho: “Cuando me haya reformado y sea un mejor ciudadano, entonces aceptaré este perdón”. Sus carceleros le habrían contestado: “¿Acaso te volviste loco? Tienes que liberarte antes de convertirte en un miembro útil de la sociedad”.

Convertirse en una buena persona para poder estar unido a Cristo es un falso evangelio. El verdadero evangelio es invitar a Cristo a entrar en su vida por la fe, y así tendrá la motivación y el poder para convertirse en una buena persona.

Mientras los soldados conducían a Jesús al lugar donde lo iban a ejecutar, “tomaron a cierto Simón de Cirene (...) y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús” (Lucas 23:26). También estaba en esto la mano de Dios. Simón era un gentil de África del Norte, el primero en tomar la cruz y seguir a Jesús. Sus hijos, Alejandro y Rufo, también se hicieron seguidores de Jesús y fueron muy conocidos en los comienzos de la Iglesia (Marcos 15:21; Rom. 16:13). Jesús murió no solo por causa de los judíos, sino por los pecados de “todo el mundo” (1 Juan 2:2).

19 - JESÚS EN LA CRUZ

Los soldados llevaron al calvario a Jesús y a los dos malhechores que habían sido capturados junto con Barrabás. Cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, crucificaron a Jesús junto con los malhechores: uno a su derecha y el otro a su izquierda. Jesús oró por los que lo crucificaban: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:32-34).

A través de Jesús llegamos al Lugar Santísimo (Heb. 4:16). La cruz del calvario es la mayor revelación de la verdad de Dios, ya que nos revela la verdadera naturaleza del Dios que adoramos: un Dios que no solo es justo y santo, sino que también está preparado para sacrificarse completamente por nosotros. Ningún otro dios se sacrificó por su pueblo. Al contrario, los demás dioses demandaban sacrificios de parte de su pueblo. Nuestro Dios se entregó a sí mismo como sacrificio por nosotros para que pudiéramos ser libres.

La cruz fue el verdadero altar en el que el Cordero de Dios fue asesinado por los pecados del mundo. Su sangre se derramó allí por nuestros pecados para que pudiéramos liberarnos de la condenación de la ley (Juan 3:18; Romanos 8:1).

La cruz fue además el lugar donde el juicio de Dios fue ejecutado sobre el pecado, al tiempo que se manifestaba en tinieblas, truenos, el terremoto y la apertura de los sepulcros de los justos (Mateo 27:50-53). Y así como la cruz de Jesús dividió a los dos hombres que fueron ejecutados junto a él en salvo y condenado, así la cruz divide el mundo entero en salvos y condenados. Algún día todos estaremos detrás de uno u otro de estos hombres, según cómo respondamos ante Jesús. Al igual que estos dos hombres, todos merecemos la muerte. La única diferencia es que algunos de nosotros estamos arrepentidos.

En el calvario se encuentran el amor y el odio. El Creador está determinado a sacrificarse a sí mismo por sus criaturas, y las criaturas están determinadas a asesinar a su Creador. Tan pronto como la sangre de Jesús empieza a chorrear por los clavos que se le incrustan en las manos y los pies, él suplica: “Padre, perdónalos...”.

Nosotros estábamos allí ese día. Nosotros levantamos el martillo y enterramos los clavos. Fueron nuestros pecados los que pusieron a Jesús en la cruz. Fue por nuestros pecados que lo clavaron allí.

El calvario era el infierno (el infierno físico y espiritual). Era lo único que el hombre había creado, y Cristo se había comprometido a llegar a lo más profundo para destruirlo desde dentro por todos los que ponen su fe en él. O bien Jesús toma nuestro lugar en el infierno o somos nosotros los que vamos allá. No hay más alternativa.

Porque Cristo estuvo en la cruz Dios puede perdonar el pecado. Es en el calvario donde aprendemos el significado de la verdadera religión. Se trata de un amor inconcebible; se trata del perdón; se trata de la justicia; se trata de la esperanza en medio de nuestras tinieblas más profundas; y se trata del gozo que finalmente triunfa sobre el dolor.

Alguien escribió que la cruz era el sermón del monte vivo, los diez mandamientos revelados y el capítulo 13 de 1 Corintios demostrado. Allí vemos el mejor fruto del Espíritu y también el más maduro.

En la cruz Jesús tomó el agujón de la muerte. Cuando una abeja pica a alguien, pierde parte de su cuerpo y ya no puede volver a picar. Cuando la muerte picó a Cristo, se destruyó a sí misma. Por eso Pablo escribió: “¿Dónde está, oh muerte, tu agujón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:55). Jesús tomó el agujón de la

muerte por nosotros para que pudiéramos vivir eternamente.

Este Evangelio nos dice que las tres cruces se levantaron cerca de un camino. Las personas que pasaban por ahí movían la cabeza hacia Jesús y se mofaban del Rey rechazado. Y esto sigue ocurriendo en la actualidad. Muchos de los que, en su camino, pasan por casualidad junto a Jesús crucificado se mofan y se burlan de él.

Hubo algunos que se detuvieron y vieron la gloria a través del disfraz de sangre, sudor y moscas. Y confesaron al igual que el centurión: “Verdaderamente, este es el Hijo de Dios”. Y así ocurre también en la actualidad: a pesar de que la mayoría se burla y a pesar de que el cristianismo y sus seguidores nunca serán populares, siempre habrá algunos que verán la gloria a través de la oscuridad.

Nuestro Señor murió en el tiempo de Pascua. Durante quince siglos la nación judía anunció la fecha de la muerte de su Mesías, que ocurriría en el decimocuarto día del primer mes, cuando cada familia estuviera realizando su sacrificio a las 3 p. m. En ese mismo mes, día y hora Cristo, “nuestra Pascua”, fue sacrificado por nosotros en la cruz (1 Corintios 5:7). Así como el cordero inmolado de la primera Pascua liberó a los hijos de Israel de la esclavitud en Egipto y los puso en el camino de Canaán, así también la muerte de Jesús en la última Pascua nos liberó de nuestra servidumbre y nos puso en el camino de la Canaán celestial.

Al aceptar pasivamente la cruz, Cristo nos enseña que cuando no podemos cambiar las cosas para mejor, debemos confiar en que Dios sí puede cambiarlas y que en el tiempo señalado convertirá nuestra corona de espinas en una diadema de gloria.

Nuestro Señor estaba desnudo antes de ser clavado en la cruz, ya que entonces no existían los taparrabos.

Suspendido en el aire, rechazado por el cielo y la tierra, queda de manifiesto que no posee nada, que no tiene derecho a nada. ¡Imagínese! ¡El dueño del universo desnudo! Él lo dejó todo para que pudiéramos heredar todo.

La crucifixión no fue una muerte; fue el prolongado y angustioso proceso de morir. Toda la vida es una crucifixión que dura hasta que morimos. Debemos aprender a sobrellevarla observando al que estuvo allí en lugar de nosotros.

La misma forma de la cruz sugiere la longitud, la amplitud, la profundidad y la altura del amor de Dios. La cruz apunta hacia el cielo, que es de donde vino nuestro Señor, pero está arraigada en la tierra que él vino a redimir. Los brazos extendidos son una invitación a todos los hombres, incluso para quienes lo crucificaron, para que vengan a él. Los hombres pueden rechazar a un dios enfadado, ¿pero cómo pueden rechazar al Varón de Dolores que estuvo dispuesto a morir por ellos?

20 - LOS SIETE DICHOS DE JESÚS DESDE LA CRUZ

Mientras Jesús colgaba de la cruz, habló siete veces. Estos siete dichos describen las siete obligaciones principales de los seguidores de Cristo.

Todo lo que se dice en el lecho de muerte es valioso, y mucho más si se trata de las postreras palabras de Jesucristo, el Hijo de Dios. Estos son sus dichos:

Primero, la palabra de perdón para sus enemigos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

Segundo, la palabra de salvación que dijo al delincuente arrepentido que ejecutaron con él: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

Tercero, la palabra de apoyo para su madre: “Mujer, he ahí tu hijo”. Después le dijo a Juan: “He ahí tu madre” (Juan 19:26-27).

Cuarto, la palabra de angustia dirigida a Dios: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46).

Quinto, la palabra de sufrimiento hacia los espectadores: “Tengo sed” (Juan 19:28).

Sexto, la palabra de victoria para su pueblo: “Consumado es” (Juan 19:30).

Séptimo, la palabra de sometimiento a su Padre: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46).

1. La primera palabra que dijo Jesús desde la cruz es muy significativa: “Padre”. Podemos soportar las situaciones difíciles de la vida si sabemos que un Padre cariñoso cuida de nosotros. Podemos sobrellevar casi todo si existe una buena razón para ello. Un niño tolerará el medicamento más repugnante si se lo da la mano de

su padre. Pero estar solo, sin amor y sufriendo sin sentido, debilita y destruye.

Los siete dichos de Jesús estaban dirigidos a sus amigos y a sus enemigos que se encontraban cerca de la cruz. Como ocurre siempre con el siete en las Escrituras, los dichos están divididos en grupos de tres y cuatro, y cuyo primer grupo está dedicado completamente a las necesidades de los demás. Después de los primeros tres dichos, una misteriosa oscuridad cubrió el área durante tres horas, durante las cuales Cristo guardó silencio. Después de este lapso Cristo clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). Después, pronunció los últimos tres dichos uno detrás de otro en rápida sucesión.

Los soldados romanos y los que pasaban casualmente cerca de la cruz esperaban un torrente de malas palabras de parte de los tres crucificados. Según Séneca, un estadista y filósofo romano, los crucificados maldecían el día en que habían nacido, a sus madres, a sus verdugos, y generalmente escupían a los que se acercaban a la cruz. En ocasiones, les cortaban la lengua para que no siguieran blasfemando y maldiciendo. Pero Jesús no hizo nada de eso, sino que oró por los que lo crucificaban y le pidió a Dios que los perdonara.

No comenzamos a vivir hasta que le cerramos la puerta al pasado por medio del perdón. Y nadie vive adecuadamente hasta que experimenta el perdón. Afortunadamente, no cuesta tanto saber cuándo hemos recibido el perdón. Y así como no podemos dar dinero a nadie si primero no lo recibimos nosotros, tampoco podemos perdonar a quien nos ofende si primero no nos perdonan a nosotros. Si usted no puede perdonar a quien lo ofende, se debe a que usted no ha recibido el perdón. Y si usted no está perdonado, entonces no es salvo (Mateo 6:14-15). El perdón es el puente que todos debemos cruzar para entrar al reino de Dios.

Todas las relaciones de la vida requieren de perdón. No existen ni las esposas ni los esposos ni los hijos perfectos. No existen los patrones ni los empleados perfectos. Y no existen tampoco los amigos ni los vecinos perfectos. Por esta razón el perdón debe ser la esencia de nuestras relaciones con los demás. Debe ser tan natural como respirar.

2. Consideremos ahora la palabra de salvación. Si Jesús pudo dar vida eterna al delincuente arrepentido en la cruz —un hombre que no tenía nada bueno para encomendarlo a Dios—, ¿por qué íbamos a dudar de que Dios nos aceptará a nosotros? Pero no deje su arrepentimiento para las once, ya que podría morir a las diez y media.

Lo más alentador que le sucedió a Jesús en la cruz fue que uno de los delincuentes que había estado maldiciendo guardó silencio al ver desconcertado la actitud de Jesús. La forma en que Jesús tomó su crucifixión fue completamente diferente a la de sus compañeros. Luego recordó las historias que había escuchado sobre Jesús y se dio cuenta de que eran ciertas. En ese momento se odió a sí mismo y la vida que había vivido. Con qué fuerza deseó ser como Jesús, que sanaba a las personas en lugar de matarlas. Y volviéndose hacia su compañero que insultaba a Jesús, le preguntó: “¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo” (Lucas 23:40-41).

Estas palabras revelaban que este malhechor era más sensato que Anás, Caifás, el sanedrín, Pilato y Herodes. Desde su tribunal supremo anuló la sentencia que ellos dictaron sobre Jesús. Y luego, volviéndose hacia el Señor, le rogó: Jesús, “acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”.

Observe la diferencia entre el ladrón arrepentido y su compañero. No pidió vida en este mundo. No pidió que lo bajaran de la cruz. Por primera vez en su vida establecía correctamente sus prioridades.

¿Por qué los judíos mataron a Jesús? Porque querían un Mesías que les diera un reino terrenal. Sin embargo, ¡Jesús solamente les ofreció a Dios! ¿No somos acaso igual de insensatos con nuestros deseos? Queremos cosas materiales hasta quedar cubiertos por ellas y dejar a Dios estrujado.

Este delincuente arrepentido es un modelo de salvación para todos nosotros. Él fue salvo por su fe en Jesús y no por sus obras (consulte Efesios 2:8-9). Observe lo rápido que el Señor responde: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. El mismo día en que el delincuente arrepentido puso su fe en Jesús quedó registrado como ciudadano del reino de Cristo. El propio Cristo declaró su destino.

Qué maravilloso era este malhechor. Pero había alguien aún más maravilloso junto a él. Cristo le prometió vida eterna al hombre que, unos minutos antes, lo había estado maldiciendo. He aquí la mejor de las gracias, la más elevada y profunda, la más segura. Eso significa que ninguno de nosotros necesita desesperarse, sin importar nuestro pasado, nuestra debilidad o nuestra maldad, ya que tenemos un Salvador. Si usted es un gran pecador, tiene un Salvador aún más grande. Piense también que no importan las dificultades por las que esté pasando, el Señor Jesús ha pasado por peores. El delincuente arrepentido solamente iba a morir la primera muerte; el Jesús que fue crucificado junto a él estaba a punto de padecer la segunda muerte: la que no le ofrecía ningún futuro más allá del sepulcro.

3. La tercera palabra de nuestro Señor en la cruz fue de cariño por su madre. Jesús la ve allí mirando como si fuera ella la que sufría los dolores de la crucifixión. Ella

recuerda que cuando él nació había sido advertida de que una espada iba a atravesar su corazón. Y así fue. En este momento no sabe que su Hijo se ocupa de los asuntos de su Padre. Sin embargo, Jesús no descuida sus deberes con su familia y le pide a Juan que se ocupe de su madre tal como lo debe hacer un hijo.

4. En la cuarta palabra desde la cruz —“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”— encontramos la razón de la muerte de Cristo. En los registros del tiempo y de la eternidad no existe una oración más angustiada. No es la muerte la pena máxima por los pecados, sino la separación de Dios. Cuando Dios, que es fuente de vida, esperanza, gozo y paz, abandona a alguien, toda la vida, la esperanza, el gozo y la paz se marchan con él. Y eso es el infierno. Separados de Dios no existe futuro, solo un agujero negro de completa extinción.

Cristo, que llevaba el pecado del mundo, tenía que experimentar esta separación. Dios trataba de aniquilar el pecado para siempre, y Cristo, que cargaba nuestro pecado, estaba siendo aniquilado con él. O Cristo es destruido con nuestro pecado o lo seremos nosotros. No hay otra alternativa.

Jesús fue rechazado para que nosotros fuéramos aceptados. Dios se separó de Jesús para que él pudiera ser uno con nosotros. Jesús se quedó solo para que pudiéramos ser miembros de la familia de Dios. Jesús fue aniquilado para que pudiéramos vivir eternamente. Ese es el sacrificio que nuestro Señor hizo por nosotros. Jesús lo dejó todo para que pudiéramos heredarlo todo.

5. Después vino la palabra de sufrimiento. “Tengo sed”. De los labios de Cristo no salieron quejas por su incomodidad ni por su dolor. No pronunció una sola palabra de autocompasión. Solamente hizo una afirmación de hecho: “Tengo sed”. Un soldado empapó una esponja en vinagre (un vino sin alcohol) y la acercó a los labios de Cristo. Este vino simbolizaba el vino de la

ira de Dios contra el pecado (Mateo 26:39). Jesús se lo tomó todo, a sabiendas de que al hacerlo no había vuelta atrás.

6. Después vino el sexto dicho de Jesús cuando llevaba seis horas en la cruz, el sexto día de la semana. Y exclamó victorioso: “Consumado es” (Juan 19:30). En el idioma original esto se dice en una sola palabra. Pero hay toda una biblioteca en esa única palabra. Esa misma palabra para un deudor significaba que su deuda quedaba completamente pagada. Esa misma palabra para un prisionero significaba que su sentencia estaba cumplida. Y eso mismo ocurre con nosotros: nuestra deuda con Dios queda completamente pagada y nuestra sentencia de muerte, cumplida. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

En el mismo momento en que Jesús pronunciaba estas palabras, el velo del templo se rasgaba en dos de arriba abajo para mostrar que Jesús, por medio de su muerte, retiraba la barrera que nos separaba de Dios para que pudiéramos entrar libremente en la presencia del Señor (Mateo 27:51; Hebreos 10:19-22). Él fue excluido de la presencia de Dios para que nosotros pudiéramos entrar.

7. La última palabra de Cristo es para su Padre: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Y tal como Job se negó a abandonar su fe en Dios a pesar de sus incomprensibles padecimientos, Jesús se encomendó a su Padre aun cuando para él parecía no haber salida ante la destrucción.

Mientras nuestro Señor pronunciaba sus últimas palabras, su sonido se mezclaba con los aullidos de miles de corderos de Pascua que estaban en el patio exterior del templo en la colina opuesta. Pero nuestra fe no está en la sangre de los corderos, sino en la de Cristo, “nuestra Pascua” (1 Corintios 5:7) que fue sacrificada por nosotros.

Estamos muy familiarizados con los siete dichos *desde* la cruz, pero hubo también siete dichos *hacia* la cruz. Estos siete dichos hacia la cruz proceden de quienes pasaban por ahí (Mateo 27:39-40); el malhechor de la izquierda (Lucas 23:29); el malhechor de la derecha (Lucas 23:40-42); los principales sacerdotes, maestros de la ley y los ancianos (Mateo 27:41-43); personas que estaban cerca de la cruz (Marcos 15:35); los soldados (Lucas 23:36-37); y el centurión (Marcos 15:39).

A partir de estos dichos descubrimos que el nuevo árbol de la vida ya estaba dando fruto: el malhechor arrepentido que había asesinado y el centurión, dos hombres que representaban los dos extremos del espectro de los redimidos. Pero para la mayoría de los espectadores, la cruz era un desperdicio. Y esto sigue siendo así hasta la actualidad.

Un autor desconocido escribió: “Jesús comenzó su ministerio con hambre, y sin embargo él es el Pan de Vida. Jesús terminó su ministerio con sed, y sin embargo él es el agua viva. Jesús estaba exhausto, y sin embargo él es nuestro reposo. Jesús pagó tributo, y sin embargo él es el Rey. Jesús fue acusado de tener demonios, y sin embargo él expulsa los demonios. Jesús lloró, pero él enjuga nuestras lágrimas. Jesús fue vendido por treinta piezas de plata, pero él redimió al mundo. Jesús fue llevado como un cordero al sacrificio, pero él es el Buen Pastor. Jesús murió y, sin embargo, por medio de su muerte destruyó el poder de la muerte”.

21 - LOS ROSTROS EN TORNO A LA CRUZ

Comencemos con los dos hombres que fueron crucificados con Jesús. Ambos eran delincuentes. Jesús, que fue crucificado entre ellos, tenía pecado sobre él pero no en él. El que estaba a su derecha tenía pecado en él pero no sobre él porque había sido perdonado. El que estaba a la izquierda del Salvador tenía pecado sobre él y en él. Como no había pedido perdón, su culpa permaneció sobre él.

¿Qué significa esto para nosotros en la actualidad? Piense en el hombre que fue salvo. Él fue el último amigo de nuestro Señor y tuvo el valor de admitir que estaba equivocado. Incluso anuló la sentencia de los principales sacerdotes y rabinos cuando dijo, refiriéndose a Jesús: “Este ningún mal hizo”.

Este pecador arrepentido representa a todos los pecadores arrepentidos. Nosotros todavía tenemos pecado en nosotros (aun cuando lo detestamos), pero ahora no está sobre nosotros porque se lo hemos entregado a Jesús, que se hizo pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). Nosotros hemos sido perdonados y nuestra culpa ha sido quitada.

Observemos ahora al otro delincuente, que no le entregó sus pecados a Jesús. Él estaba tan cerca de Jesús como su compañero, pero no admitió que había maldad en su corazón ni aceptó que estaba espiritualmente enfermo. Solo los que aceptan que están enfermos acuden al médico; solo los que admiten que son pecadores buscarán al Salvador.

¿Es fácil o difícil la salvación? No solo es difícil, sino que es imposible a menos que usted quiera algo mejor de lo que ya ha conseguido y a menos que quiera ser una mejor persona. Hay muchas personas, tanto religiosas como incrédulas, que confían más en sí mismas que en Jesús. Al igual que el delincuente impenitente que estaba

a la izquierda de Jesús, esas personas morirán en sus pecados.

Observemos ahora a los soldados que estaban cerca de la cruz. Mateo 27:35-36 dice: “Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliese lo dicho por el profeta: Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Y sentados le guardaban allí”. He aquí unos hombres sentados que juegan y vigilan. Estaban vigilando, pero no veían a quien estaban mirando realmente. Un gato puede mirar a un rey, pero un gato nunca ve a un rey. Y eso sucedía con estos soldados que solo veían a Jesús como otro rebelde que recibía la pena máxima por sus actos.

Los soldados que crucificaron a Jesús representan a toda la raza humana. Jesús no murió por sus propios pecados porque no tenía ninguno; murió por los pecados del mundo. Pero el mundo imprudente, al igual que los soldados, no ve al Hijo de Dios que muere en la cruz por nuestros pecados. Como son espiritualmente ciegos, solo ven a otro despreciado que cuelga allí. ¡Qué terrible desperdicio! Jesús murió para liberarlos de sus pecados, pero ellos aman más sus pecados que a Jesús.

Uno de los rostros que estaba junto a la cruz fue el del centurión. Y estaba allí porque se encontraba a cargo del pelotón de crucifixión. El centurión se dio cuenta del tipo de persona que era Jesús y prestó atención a cada una de sus palabras. Las tres horas de oscuridad sobrenatural y el gran terremoto que sacudió con violencia la tierra en el mismo momento en que Jesús murió le dieron a entender que Jesús no era una persona común. “Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo” (Lucas 23:47).

Este hombre responsable de la ejecución de Jesús confesó su fe en el Salvador. Qué maravilloso evangelio,

que puede cambiar incluso los corazones de quienes crucifican al Señor y que puede transformar en amigos a los enemigos.

También estaban junto a la cruz “los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos”. Y decían: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar (Mateo 27:41-42). Lo que decían era verdad. Si Jesús se hubiera salvado a sí mismo, no hubiera salvado a los demás. Tenía que morir por los pecados del mundo.

Estos líderes religiosos, al igual que muchos de la actualidad que ponen su fe en sus tradiciones e instituciones en lugar de ponerla en Jesús, se opusieron a Jesús. Así que gritaban para que todos pudieran oír: “Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confío en Dios; líbrele ahora si le quiere (...)” (Mateo 27:42-43).

Sin embargo, sus promesas eran totalmente falsas, ya que cuando Jesús escapó de la muerte y Dios lo rescató de la sepultura, siguieron sin creer en él. ¿Quién querría estar en los zapatos de esos hipócritas en el día del Juicio?

Junto a la cruz estaban “todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea”. Ellos “estaban lejos mirando estas cosas” (Lucas 23:49). Mientras se aproximaba el final de Jesús, algunos se acercaron a él para consolarlo (Juan 19:25-26).

Ellos no podían comprender por qué Jesús permitía que le sucedieran estas cosas terribles. Si había superado todos los demás desafíos de su vida, ¿por qué se rendía ante este? ¿Por qué no revelaba su poder y bajaba de la cruz?

Muchas veces en la vida nos hacemos la misma pregunta: ¿Por qué Dios no hace algo? ¿Por qué permite tanta maldad? Existe una razón. Solo tenemos que confiar en que Dios actuará a su debido tiempo. Y cuando lo haga, veremos que el momento que eligió fue

el mejor. Así que tenga fe en Dios, especialmente cuando ande en valle de sombra de muerte.

22 - LAS LECCIONES QUE DEJA LA CRUZ

La inscripción

Sobre la cabeza de Cristo se podía leer que “el título escrito de su causa era: EL REY DE LOS JUDÍOS” (Marcos 15:26). Estaba escrita en hebreo, en griego y en latín (Juan 19:20) para que todos los que pasaban por ahí pudieran leerlo. Ese título, que fue una pequeña Biblia para todo el mundo, decía la verdad respecto a Jesús.

Si Jesús no hubiera muerto por nosotros en la cruz, no habría tenido reino en la Tierra. Fue su muerte la que pagó el precio de nuestros pecados para que pudiéramos dejar el reino temporal de Satanás y pudiéramos entrar en su reino eterno. Por medio de su muerte Jesús abrió la puerta para que regresáramos de la tierra de muerte a la tierra de vida (Mateo 27:50-51; Hebreos 10:19-22).

Solo los redimidos por la sangre del Cordero pueden entrar allí (Apocalipsis 7:14-15); solo los perdonados pueden ser ciudadanos del cielo (Apocalipsis 5:9-10).

El único que podía sentarse en el trono de vida eterna era el que podía soportar el trono de muerte eterna, es decir, la cruz. Y como Jesús soportó la cruz por nosotros, fue coronado rey. Después de resucitar les dijo a sus discípulos: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18; consulte Filipenses 2:9-10). Nadie puede tener mayor autoridad. Sí, Jesús es rey de todos los verdaderos creyentes.

La corona de espinas

Los soldados vistieron a Jesús con una túnica púrpura y luego tejieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza. Y le decían: “Salve, Rey de los judíos”. Después lo golpearon reiteradamente en la cabeza con una caña y lo escupieron. Y puestos de rodillas le hicieron burlescas reverencias (Marcos 15:16-19).

Jesús soportó nuestra humillación y nuestras burlas para que pudiéramos recibir el honor y el respeto que él se merecía.

Las espinas que nos hacen sufrir no pueden herirnos eternamente porque Jesús les quitó la eternidad a nuestros problemas. Pero mientras estemos en este mundo, tendremos espinas que enfrentar. No hay corona sin espinas ni familia sin problemas ni corazón humano sin aflicción. Hasta el apóstol Pablo fue importunado por un aguijón que lo hizo sufrir. Tres veces oró para que el Señor le quitara ese aguijón, pero el Señor siempre le decía: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:7-10).

Cualquiera que sea su espina llévela con gracia por Jesús, y recuerde que pronto llegará el día en que las espinas que vinieron al mundo por el pecado (Génesis 3:18) serán desterradas para siempre junto con el pecado que las hizo brotar.

Las tinieblas

“Y desde la hora sexta [mediodía] hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena [3 p. m.]. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:45-46).

Al mediodía, cuando el sol brillaba más, densas tinieblas cubrieron la tierra. El Dios que habita en luz inaccesible (1 Timoteo 6:16) abandonaba a Jesús. La relación eterna entre Padre e Hijo se rompía. La luz cedía ante las tinieblas; la paz ante el temor, la esperanza ante la desesperación, la seguridad ante la inseguridad, la vida ante la muerte.

En cuanto esta invasión de oscuridad se disipó, el ángel de Pascua llegó a tomar la vida del Hijo primogénito de Dios, que dio su vida para que nosotros pudiéramos vivir.

Hubo tinieblas en toda la tierra de Egipto antes de que murieran los primogénitos (Éxodo 10 y 11), pero hubo luz en las casas de los israelitas que estaban protegidos por la sangre del cordero de Pascua. Y hoy, donde hay fe en el Cordero de Dios, allí hay luz.

Cuando Jesús clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, sus palabras fueron una luz brillante que iluminó la escena. Él, el Justo, fue desamparado para que nosotros, los injustos, pudiéramos ser aceptados. Su muerte es la luz del evangelio que disipa las tinieblas. Si nosotros no compartimos la luz del evangelio y la escondemos bajo un tazón, no habrá más que desesperación, vacío y muerte (Mateo 5:14-16).

Su túnica

“Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados” (Juan 19:23-24).

Jesús estaba desnudo. Pero ya se había desnudado hace treinta y tres años cuando se desvistió de su gloria celestial y nació aquí en la Tierra en la forma humana de niño desnudo. Solo veinticuatro horas antes de ser crucificado, Jesús representó esto cuando se sacó su túnica exterior y se ciñó una toalla para lavarles los pies a sus discípulos.

La túnica interior de Jesús, que no tenía costuras, era una túnica sacerdotal. Este manto llegó a manos de los soldados que crucificaron a Jesús. Y esto es lo que sigue sucediendo hoy. Nosotros somos los que crucificamos, y

el manto de justicia de Cristo se halla a nuestra disposición. Cuando ponemos nuestra fe en Jesús, nuestros pecados quedan cubiertos por su justicia. Isaías escribió: “En gran manera me gozaré en el SEÑOR, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia” (Isaías 61:10).

El velo rasgado

El terremoto que marcó la muerte de Jesús rasgó, de arriba abajo, la gruesa cortina que separaba, en el templo, el Lugar Santo del Lugar Santísimo donde se manifestaba la presencia de Dios (Mateo 27:51). Ese mismo terremoto abrió también los sepulcros de muchos fieles creyentes, quienes se levantaron a la vida y, después de que Jesús resucitó, llegaron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos (Mateo 27:52-53).

Fue la muerte de Jesús la que volvió a abrir el camino hacia Dios, el camino que estaba completamente cerrado desde que Adán fue expulsado del Edén (Génesis 3:22-24). La Biblia dice: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne (...) acerquémonos con corazón sincero (...)” (Hebreos 10:19-20).

La cortina que había entre Dios y nosotros representaba nuestros pecados que nos mantenían separados de Dios, pero cuando Jesús tomó nuestros pecados sobre sí la cortina representó su cuerpo. Cuando el cuerpo de Jesús se rasgó en la cruz, esa cortina también se rasgó. Cuando su muerte acabó con nuestros pecados, la barrera entre Dios y nosotros también se acabó. Su muerte volvió a abrir el camino hacia Dios.

Cuando Jesús murió por nosotros, que estábamos muertos en pecado, fuimos espiritualmente levantados a la vida. Y cuando resucitó entramos en la Ciudad Santa

para vivir en la presencia de Dios, de Jesús y de los ángeles celestiales (Hebreos 12:22-24).

La sangre y el agua

Si a un soldado romano se le escapaba un prisionero, ejecutaban a ese soldado (consulte Hechos 12:18-19). Esa era la ley. Si existía el riesgo de que los presos pudieran escapar, los asesinaban (consulte Hechos 27:42). Para garantizar que Jesús estaba realmente muerto, un soldado romano le clavó su espada en el corazón, “y al instante salió sangre y agua” (Juan 19:34). Estos soldados eran asesinos profesionales, y sabían a qué heridas se podía sobrevivir y a cuáles no. A las de Jesús no se podía sobrevivir.

La sangre de Jesús representaba nuestra justificación. Es la sangre de Jesús la que nos hace justos con Dios (1 Juan 1:7). Por otra parte, el agua representa nuestra santificación por medio del espíritu de Jesús que vive en nosotros. Él nos limpia lavándonos con el agua de su palabra (Efesios 5:25).

La justificación es la obra de un momento. En el instante en que ponemos nuestra fe en Jesús, nos hacemos justos con Dios (Romanos 3:21-24, 28). En ese mismo momento recibimos el regalo de la vida eterna (Juan 5:24). Además, en ese mismo momento, la justicia de Dios se deposita en nuestra cuenta (2 Corintios 5:21). Al igual que el hijo perdido que vivió una vida de pecado, pero que se arrepintió y regresó a casa, así también el Señor acepta que nosotros, pecadores arrepentidos, volvamos a su familia y pongamos su propia túnica de pureza sobre nuestros hombros (Lucas 15:11-24). No tenemos que ganar nuestro lugar en la familia de Dios; él nos regala ese lugar.

Todos los que son justificados reciben el ciento por ciento de justicia (2 Corintios 5:21). Pero esa justicia no

está dentro de nosotros; está en Jesús. Si tenemos a Jesús, Dios nos regala la justicia perfecta.

La santificación —lo que el espíritu de Dios hace en nosotros— nunca es en un ciento por ciento. Y nunca lo será hasta que nos den un nuevo cuerpo espiritual en la resurrección (1 Corintios 15:42-44). Como nuestra santificación en esta vida siempre estará por debajo de lo que se requiere para conseguir la vida eterna, no podemos poner nuestra fe en lo que hacemos. La fe que nos da vida eterna es la que ponemos en Jesús y en su regalo de ciento por ciento de justicia.

El evangelio enseña que Cristo fue tratado como un ser pecaminoso, aunque no lo era, mientras que nosotros somos tratados como seres justos, aunque no lo somos. Cristo fue castigado por pecados que no cometió y nosotros somos hechos justos con Dios por medio de una justicia que no nos ganamos.

No hay nada tan alentador como la justificación, que significa que he recibido la justicia de Dios. La justificación me dice que todos mis pecados —pasados, presentes y futuros— han sido cubiertos por la sangre de Jesús. Si me aferro a Jesús por fe, tengo vida eterna. Aun cuando tropiece y caiga, si me levanto y me aferro al Hombre de Galilea, soy perdonado y hecho justo con Dios.

Cuando acepto a Jesús por la fe, él entra en mi vida con su regalo de salvación. Si tengo a Jesús, tengo vida eterna (1 Juan 5:11-12). Y la vida que él vive dentro de mí, después de que yo he sido salvo, se llama santificación (Filipenses 2:13).

Sin embargo, solo soy salvo por lo que él hizo por mí en la cruz y no por lo que está haciendo dentro de mí. Lo que él hizo por mí en la cruz es el ciento por ciento; lo que está haciendo dentro de mí nunca es el ciento por ciento en esta vida debido al daño que el pecado le ha hecho a nuestro espíritu.

23 - JESÚS REPOSA EN EL SEPULCRO

Uno de los principales días de oriente, en la iglesia cristiana de los primeros quinientos años, era el Gran Sábado, el día en que Jesús reposó en la tumba. En ese día se celebraba el reposo que Jesús ganó para nosotros por medio de su muerte en la cruz. El autor de Hebreos escribió: “Los que hemos creído entramos en el reposo” (Hebreos 4:3).

Los hebreos que fueron rescatados de la esclavitud en Egipto creían que entrarían en el reposo cuando llegaran a la Tierra Prometida. Pero Canaán no les dio el reposo permanente que esperaban. Ese reposo prometido seguía estando en el futuro. *“Porque si Josué les hubiera dado el reposo [Josué 23:1], [Dios] no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas”* (Hebreos 4:8-10).

El verdadero reposo de todas nuestras preocupaciones se encuentra solamente en Jesús. Si entendemos que Jesús murió en la cruz por todos nuestros pecados, la pesada carga de la culpa cae de nuestros hombros y rueda colina abajo hasta su sepulcro donde está enterrado para siempre. En ese momento experimentamos el verdadero reposo.

Cuando el Señor finalizó su obra de creación, dijo: “Es buena; está terminada”, y reposó en el séptimo día (Génesis 2:1-3). Y Adán y Eva reposaron con él. No había nada que pudieran hacer para mejorar su creación; ni había nada que pudieran añadir. Todo lo que podían hacer era alabar al Señor por su obra y reposar y disfrutarla.

Cuando nuestro Señor finalizó su obra de redención, dijo: “Es buena; está terminada”, y descansó en el día de reposo (Lucas 23:50-56). Y todos los que han sido redimidos reposan con él. No hay nada que podamos

hacer para mejorar la redención que Jesús nos proporciona; no hay nada que podamos añadir a su obra. Todo lo que podemos hacer es alabar al Señor por eso y entrar en su reposo y disfrutarlo.

Así como el día de reposo era un día de descanso y no de trabajo, los que ponemos nuestra confianza en Jesús descansamos en su obra terminada. No hay nada que podamos hacer para ganar la salvación porque Jesús ya lo hizo todo por nosotros. Todo lo que podemos hacer es reposar en su obra terminada. Ese es el verdadero reposo. Y nosotros celebramos ese reposo semanalmente cuando dejamos nuestra faena para pasar tiempo con el Señor.

24 - LA TUMBA VACÍA DE JESÚS

La Tierra entera es un sepulcro donde se entierran miles de millones de personas. El mundo es un enorme cementerio donde realizamos pequeñas actividades, donde nos damos un pequeño gusto y luego nos acostamos junto a los muertos. La vida no es más que una procesión hacia nuestro propio funeral. El ser humano ha conquistado muchas cosas, pero la muerte no es una de ellas.

En el mundo ha habido muchos líderes religiosos importantes, pero todos ellos se han rendido ante la muerte. Solo uno se ha levantado de entre los muertos, y ese es Jesucristo. Cuando nuestro Señor se levantó de entre los muertos, invirtió la situación entre el pecado y la muerte. Ahora el canto de los redimidos es: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”.

El apóstol Pablo escribió:

“Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí” (1 Corintios 15:38).

Cuando Pablo le escribió esta carta a la iglesia de Corinto unos veinticinco años después de la muerte y resurrección de Jesús, aún vivían cientos de personas que habían visto a Cristo resucitado. Esto no se puede decir de nadie más que ha vivido y muerto. Y aunque uno lea este relato con un vodka en una mano y un cigarro en la otra, sigue siendo muy impresionante.

¡La muerte ha sido conquistada! Y Jesús, que se levantó de entre los muertos el tercer día, les dice a todos los que lo siguen: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). Y también dijo: Yo soy “el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén” (Apocalipsis 1:18). Cuando Jesús regrese sobre las nubes del cielo, abrirá el sepulcro de todos los que tienen fe en él y los liberará (1 Tesalonicenses 4:16-18).

A lo largo de toda la Escritura encontramos breves vislumbres de la resurrección de Jesús. Génesis 22 relata la historia de Isaac, que durante tres días estuvo bajo sentencia de muerte, pero fue rescatado de esa muerte como si se tratara de una resurrección (consulte Hebreos 11:19).

También en Génesis se encuentra la historia de José que, al igual que Jesús, fue falsamente acusado y condenado con otras dos personas, una de las cuales se salvó y la otra murió. Después sacaron a José del foso y le dieron un asiento junto al gran rey. Desde ese puesto salvó a su pueblo.

Jonás también tuvo una experiencia de “resurrección”. Su sacrificio aplacó la ira de Dios y fue devuelto a la vida el tercer día.

Daniel también vivió una experiencia de resurrección. Por envidia lo lanzaron a un foso de leones hambrientos y sellaron la puerta sobre él (Daniel 6). Pero después rompieron el sello y él salió vivo.

La tumba en que pusieron a Jesús fue sellada y cuidada por guardias, tal como sucedió con la puerta del Edén por donde se podía regresar a la vida desde la muerte (Mateo 27:62-66). Pero el tercer día *“hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como*

la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos” (Mateo 28:2-4).

Jesús, por medio de su muerte y su resurrección, nos volvió a abrir el camino hacia Dios y hacia la vida. Por eso —después de resucitar de entre los muertos— los que fueron levantados a la vida por medio de su muerte entraron en la ciudad santa (Mateo 27:53). Es la muerte y resurrección de Jesús lo que nos da un hogar eterno con Dios.

En el subsuelo de Roma hay aproximadamente mil kilómetros de corredores de catacumbas a unos quince metros bajo el suelo, que inicialmente se excavaron para disponer bloques de construcción para sostener la ciudad. Era en esos túneles donde los cristianos enterraban a sus muertos. Los romanos incineraban a sus muertos, pero los cristianos preferían enterrarlos como símbolo de su fe en que resucitarían el último día. En cada uno de los cuarenta y dos cementerios subterráneos de Roma, solía haber una gran capilla de sesenta metros de corredores, y allí los cristianos perseguidos se reunían en secreto y cantaban alabanzas a Dios. Al término de cada reunión todos gritaban a coro: “¡Jesús resucitó!”

25 - JESÚS EN GALILEA

Inmediatamente después de resucitar, Jesús se reunió con sus discípulos en la parte alta de Jerusalén y les encargó que llevaran el evangelio a todo el mundo. Pero antes de que pudieran ofrecer la salvación a los demás, tenían que comprenderla ellos mismos, así que Jesús les dijo: “Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado” (Juan 20:20).

Nuestra primera paz llega a nosotros cuando vemos las heridas de Jesús y comprendemos que fue crucificado y muerto por nuestros pecados. “Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). La paz llega a los que saben que Jesús pagó el castigo completo por sus pecados. Ellos tienen paz en su corazón porque ya no están bajo la condena de Dios.

“Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21).

La primera paz que Jesús nos ofrece es una paz profunda. Esta segunda paz es todavía más profunda, ya que no es fácil disfrutar la primera paz de salvación mientras nuestros amigos y parientes se la están perdiendo. La primera paz es la salvación para usted. Esta segunda paz llega cuando usted les ofrece la salvación a los demás. Jesús le encarga a usted que vaya con los demás y comparta su salvación con ellos.

—Pero —protesta usted— yo no tengo la capacidad de compartir el evangelio con los demás. No sabría qué decir.

Jesús lo sabe, así que le entrega a usted un poder divino para cumplir su misión, y le susurra: “Recibid el Espíritu Santo” (Juan 20:22).

Pídale a su pastor o líder espiritual que ore por usted para que el Espíritu de Dios lo colme y lo ayude a llevar la salvación a los demás. Cuando usted gane almas para

Jesús, una gran paz y felicidad lo colmarán hasta desbordarlo.

Y Jesús continúa diciendo: “A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos (Juan 20:23).

Jesús dice aquí que si usted lleva las buenas nuevas sobre su muerte en la cruz por nuestros pecados a las personas de su círculo de influencia, y ellas las aceptan, serán perdonadas. Por otro lado, si usted no lleva el evangelio del perdón de Dios a esas personas, tal vez nunca lo escuchen, en cuyo caso nunca serán perdonados. La responsabilidad es suya. Confíe en la fuerza que Dios le da e invite a esas personas a ser parte de su rebaño.

Después de resucitar Jesús permaneció en la Tierra con sus discípulos durante seis semanas. Estuvo principalmente en Galilea, donde pasó la mayor parte de su tiempo enseñándoles el ministerio. Jesús se quedó en la Tierra el tiempo suficiente para asegurarse de que la verdad de su resurrección estaba bien establecida.

Pero primero Jesús tenía que reunirse con sus once discípulos para reparar las relaciones rotas. Pedro, el discípulo que Jesús había escogido para ser el principal evangelista del grupo, le había fallado a Jesús gravemente, ya que negó tres veces que conocía a Jesús e incluso llegó a jurarlo. Inmediatamente después Pedro se arrepintió de lo que había hecho y lloró amargamente. Mientras esperaban a Jesús en Galilea, Pedro, Juan, Jacobo, Tomás, Natanael y otros dos discípulos salieron a pescar de noche al lago, pero no pescaron nada (Juan 21).

Al amanecer alguien los llamó desde la orilla y les preguntó si habían pescado algo. “Le respondieron: No”.

El hombre de la orilla les dijo entonces: “Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis”. Cuando la echaron

les fue imposible arrastrar la red debido a la gran cantidad de peces.

Entonces Juan le dijo a Pedro: “¡Es el Señor!”. En cuanto Pedro lo escuchó saltó al agua y nadó hasta la orilla. Aun cuando había decepcionado gravemente al Salvador, conocía bastante bien a Jesús para saber que no estaba enojado con él. Jesús invitó a Pedro a acercarse y a tomar desayuno con él.

Cuando hubieron comido y la glucosa en la sangre de Pedro se restableció, Jesús le preguntó tres veces si aún lo amaba. Pedro había negado a Jesús tres veces, así que ahora tenía la oportunidad de restablecer la relación de amistad con el Señor por medio de tres afirmaciones de su amor por Jesús. Después de su primera afirmación, Jesús le dijo a Pedro: “Apacienta mis corderos”; después de la segunda, le dijo: “Pastorea mis ovejas”; y después de la tercera: “Apacienta mis ovejas”. Pedro volvía a ser uno de los doce.

Cuando los discípulos arrastraron la red hasta la orilla, contaron los peces. Había ciento cincuenta y tres. En esa época se conocían ciento cincuenta y tres tipos de peces en el mundo, así que la cosecha que sacaron del lago representaba todos los diferentes tipos de personas del mundo que la Iglesia recogería en la red de su reino (Mateo 13:47).

Habrán algunas veces en la vida en que usted llegará a la orilla sin ningún resultado positivo después de su arduo trabajo. Pero allí, esperando por usted, hay un extraño que le dice lo que debe hacer, y cuando usted siga sus instrucciones se encontrará con una increíble prosperidad. Entonces comprenderá de pronto que ese extraño es Jesús. Y él lo invitará a acercarse y a comer con él. Porque sabe que usted ha trabajado arduamente y que está cansado y con frío. Después de que usted haya descansado y comido, él le revelará que desea que usted

lo siga. Usted no tiene que preocuparse por los planes que tiene para las demás personas; su misión es seguirlo.

El secreto para tener una vida de satisfacción y prosperidad es seguir a Jesús. Esto le puede costar caro —como le sucedió a Pedro (Juan 21:18-19; 2 Pedro 1:13-15)—, pero el precio que pagará será pequeño comparado con la recompensa eterna que obtendrá.